

# NEWMANIANA

AÑO XXIV - NÚMERO 63

NOVIEMBRE 2014



Beato John Henry Newman

*Ex umbris et imaginibus in veritatem*

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

# NEWMANIANA



Año XXIV- N° 63  
Noviembre 2014

## Director

Mons. Fernando María Cavaller

## Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne  
Dr. Jorge Ferro  
Lic. Pablo Marini

## Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

## Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la  
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez

Pcia. Buenos Aires-República Argentina

www.amigosdenewman.com.ar

cavallerfm@gmail.com

## Indice

### EDITORIAL

- Se cumple un siglo y medio de la  
"Apología pro vita sua" ..... 2

### ALGUNOS TEXTOS DE NEWMAN QUE HABLAN DEL MATRIMONIO Y LA FAMILIA ..... 6

### SERMONES

- Cuatro sermones de Newman recién  
llegado a Birmingham ..... 9
  - La omnipotencia de Dios: una razón para la fe y  
la esperanza..... 10
  - La preparación para el Juicio ..... 15
  - Los llamados de la gracia ..... 19
  - Prejuicio y fe..... 24
- Un sermón sobre un laico santo ..... 29
  - En el mundo pero no del mundo..... 30

### CARTAS ..... 38

### MEDITACIONES

- Meditaciones marianas para Navidad..... 41

### ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN



*Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.*

*Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].*

*Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.*

*Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.*

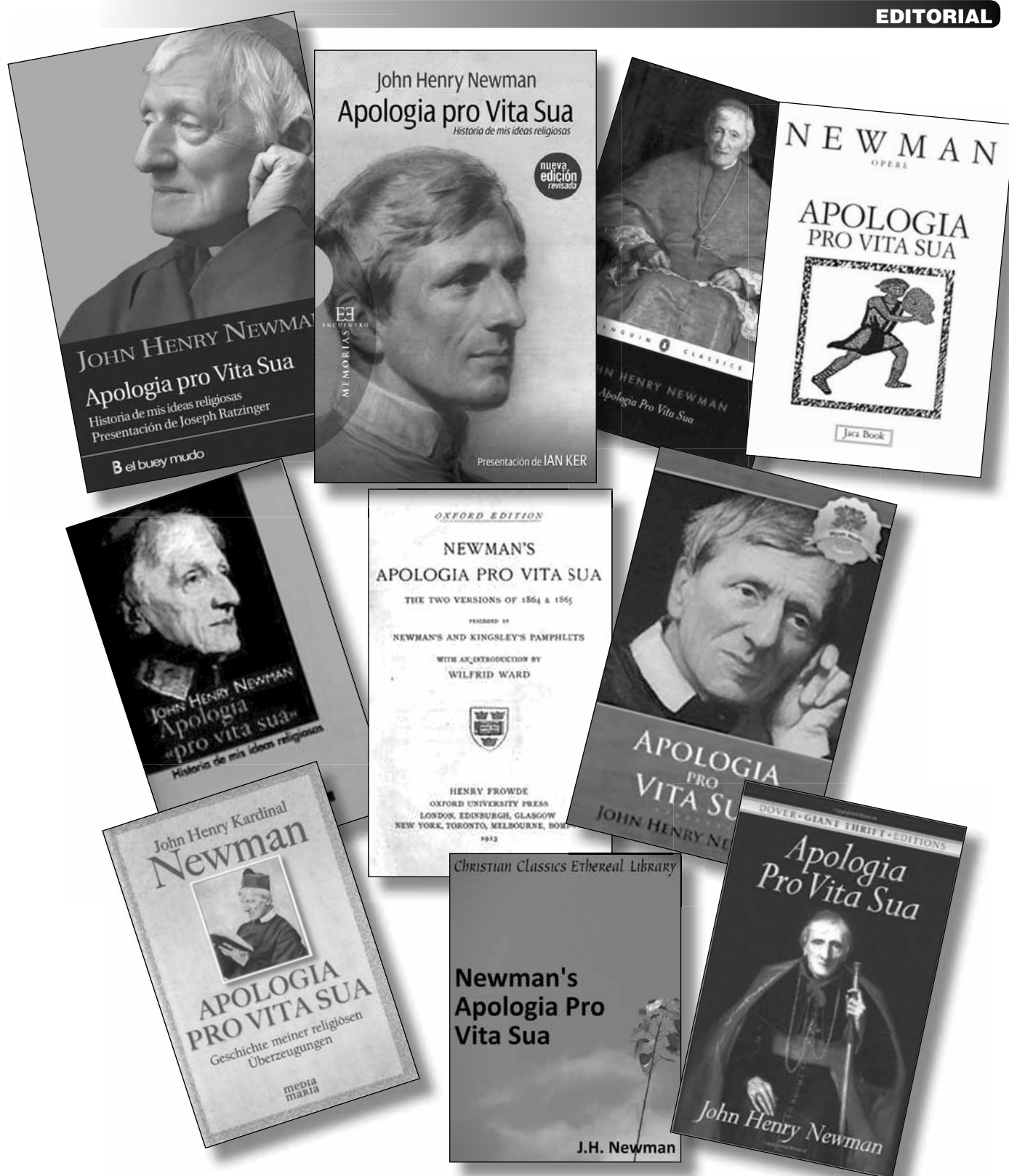
## Se cumple un siglo y medio de la "Apología pro vita sua"

**D**espués de celebrar en 1990 el centenario de la muerte de Newman, en 1995 los 150 años de su conversión, y en el 2001 el bicentenario de su nacimiento, no parece que se pudiera encontrar otro aniversario relevante de su vida. Pero sí podemos recordar entre todos sus escritos, uno, que ocupa un lugar insustituible y es, por cierto, la gran obra de referencia para aproximarnos a su vida. Se cumplen 150 años de la *Apologia pro vita sua* (*Defensa de la propia vida*), que ha pasado a ser, de modo análogo a las *Confesiones* de San Agustín, un legado de primer orden en la literatura cristiana de todos los tiempos. Ambas obras dan testimonio personal de sus respectivas conversiones a la fe católica. ¿Cómo surgió? El título expresa ya el carácter del mismo: se trata de una *Apologia*, de una defensa.

Newman era católico desde 1845, había sido ordenado sacerdote en Roma en 1847, y había fundado en Birmingham en 1848 el primer Oratorio inglés del cual era superior. Había escrito algunas obras importantes como católico, y había fundado la Universidad Católica de Irlanda, pero llevaba una vida mas bien oculta, con las labores propias de un sacerdote. Ante su asombro, apareció un artículo en el *Macmillan's Magazine* de enero de 1864, firmado con las iniciales C.K., sobre un libro de historia de Inglaterra, donde el autor decía lo siguiente: "La verdad, por sí misma, nunca ha sido una virtud para el clero romano. El Padre Newman nos informa de que no necesita serlo y que, en definitiva, no debe serlo; que la astucia es el arma que el cielo ha dado a los santos para que resistan la fuerza bruta y masculina del mundo malvado que toma y es dado en matrimonio. Puede que su pensamiento no sea doctrinalmente correcto, pero es un hecho que es así".

Newman reaccionó enviando una carta a los editores, diciendo, entre otras cosas: "No se cita ni una sola palabra mía, y mucho menos un texto de mis escritos, para justificar tal afirmación". Luego recibió una carta del autor, que resultó ser Charles Kingsley, un clérigo anglicano de 44 años, escritor y novelista, capellán de la Reina Victoria, tutor del Príncipe de Gales y profesor de historia en la Universidad de Cambridge. La carta no era de disculpas sino de defensa de su acusación. Newman publicó un folleto con la correspondencia y otras consideraciones, y Kingsley otro folleto titulado ¿Qué quiere decir entonces el Dr. Newman?, todo lo cual hizo más pública la controversia. Entonces Newman tomó la decisión de publicar una obra que mostrara su vida y escritos hasta el momento de su conversión.

Newman había escrito desde joven un diario, infinidad de cartas, y algunas notas autobiográficas más extensas sobre su vida. Ahora la ocasión le permitía contar su vida como un verdadero 'desarrollo', fiel a este principio que le



había llevado hasta la Iglesia de Roma. Por eso, la segunda edición de 1865 se tituló *Historia de mis ideas religiosas*, con lo cual pasaba a segundo plano la característica polémica de 'defensa' y la misma figura de su acusador. Tuvo que pedir a varios amigos anglicanos las cartas que les había enviado antes

de su conversión, y con todo ese material se puso a escribir. En la biblioteca del Oratorio de Birmingham se conserva el escritorio que usó, una mesa alta para poder escribir de pie. El trabajo fue extenuante: duró un mes, a razón de quince horas diarias, que en una ocasión llegaron a ser veintidós. Dice Newman: "He producido de un tirón un libro de quinientas sesenta y dos páginas. Pero ha sido con tanto sufrimiento, tantas lágrimas, y tanto trabajo...que me parece asombroso haberlo podido terminar, y que la tarea no haya acabado conmigo".

La *Apologia* se publicó al principio en siete partes, que aparecieron semanalmente entre el 21 de abril y el 2 de junio de 1864, en *Macmillan's Magazine*. Luego fue editado como libro completo por Longman en 1864. Fue leída por todos los ingleses, católicos y anglicanos. Todos apreciaron la obra, que estaba escrita con honestidad y respeto hacia el anglicanismo a la vez que explicaba su acercamiento progresivo a la fe católica. Especialmente se notaba el afecto hacia sus amigos anglicanos, sin sombra de desprecio o resentimiento, así como el reconocimiento agradecido hacia los que le formaron en sus años de juventud, y los que le acompañaron en el ámbito académico de Oxford. Hubo algunas reacciones negativas, pero venían del ala más protestante del anglicanismo y del racionalismo reinante. Los católicos, por supuesto, estuvieron entusiasmados, aunque algunos ultramontanos mantuvieron sus reservas, como era de esperarse. Pero en síntesis, la obra colocó a Newman en una situación favorable, reanudando amistades anglicanas y recibiendo el afecto creciente de los católicos.

Como tributo a la magnífica edición española de la *Apologia* traducida por el padre José Morales y el profesor Víctor García Ruíz, nos permitimos aquí transcribir algunos conceptos de su prólogo que ayudan a entender el sentido de la obra. Lo hacemos también con el agradecimiento de que hayan dedicado esta edición a los Amigos de Newman en la Argentina:<sup>1</sup>

"No es exactamente una autobiografía, pero sí un libro autobiográfico centrado en la personalidad de Newman...La *Apologia* pide justicia contra acusaciones que el autor juzga insidiosas y falsas..., sin embargo, Newman no maquilla su pasado con el fin de justificarse. Un hombre que nos informa de sus hechos y pensamientos difícilmente se humilla, y si lo hace suele ser para reivindicar su persona y acciones de modo todavía más sutil. Pero estas Confesiones newmanianas eran la historia de una crisis, y no podía escribirse sin lágrimas y sin dolor. No es un libro escritos para manifestar autocomplacencia; el papel de la mirada hacia atrás no es la propia glorificación sino la voluntad de descubrir la gran providencia de Dios hacia quien resucita su

1 Ediciones Encuentro, Madrid, 1996. Dice la dedicatoria: "Para el padre Fernando Cavaller, para Inés de Cassagne y todos los newmanianos argentinos, por el entusiasmo y constancia con que difunden la vida y los escritos del gran Cardenal inglés". V.G. J.M.

pasado...Análogamente a lo que ocurre en las *Confesiones* de San Agustín... el yo personal encuentra su consistencia en la libertad ayudada por la gracia. La *Apología* proclama indirectamente la grandeza divina, la debilidad humana y el misterio de la vocación personal...A diferencia de San Agustín, que se vuelve continuamente hacia Dios...Newman ha sido provocado a escribir, y se vuelve más bien hacia los hombres, es decir, hacia su acusador, hacia sus jueces, que forman parte de la opinión pública inglesa, hacia los amigos y adversarios de otro tiempo, y hacia lectores nuevos y desconocidos que se han asomado a la discusión y han sido captados por ella. Esto es así porque la *Apología*, antes que autobiografía, es una obra de Retórica, en el más noble y clásico sentido de la palabra. No quiere narrar, quiere convencer. Y para convencer, importa sobre todo que lo narrado sea verdad...Nada se dice en ella de su ambiente familiar, sus aficiones, sus gustos, ni tampoco de su sensibilidad, al menos en forma directa. Se cuenta sólo aquello que tiene relieve para el fin retórico: que los *hechos* hablen...Newman no recuerda, *revive*, y a continuación escribe con intenso dramatismo...La estructura de la *Apología* podría compararse a un drama en cuatro actos y un epílogo. El primero (primer capítulo) presenta la escena del conflicto...El segundo acto-capítulo marca un contraste...con su tono de calma, seguridad y confianza en la propia posición...El tercero es el momento de la crisis, provocada por el estudio de las herejías de la antigüedad...El cuarto capítulo, complejo, documentado, es el del soldado moribundo, el del retiro...La contención y el *self-control* expresivo no hacen más que subrayar el *pathos* inolvidable con el que termina el drama de la *Apología*. 'Termina' porque el capítulo quinto funciona como un Epílogo no dramático, ni narrativo sino predominante expositivo. "Se acabó la historia de mis 'opiniones religiosas'; ya no hay nada que narrar"...Este capítulo traza un certero panorama del mundo intelectual europeo del siglo XIX en su estrato más profundo".

Terminan los traductores diciendo: "Retórica, autobiografía y unas notables dosis de dramatismo ya habían comparecido casi veinte años antes en una obra de Newman: la encantadora novela autobiográfica y oxoniense *Perder y ganar* (*Loss and Gain*, 1848) que, en cierto sentido, es como un primer ensayo de la *Apología* tanto en su carácter de respuesta a una agresión como en su finalidad persuasiva. *Apología pro vita sua* es un relato de conversión, con título de resonancias patrísticas, tan querida para Newman".

Que este homenaje a esta obra de Newman aliente en todos los Amigos de Newman a leerla, o releerla, para penetrar más en el alma santa y la influencia perenne de nuestro Beato.

Les deseamos una Feliz Navidad y el comienzo de un verdadero Año del Señor 2015, que será para nosotros el 25º aniversario de la fundación de nuestra Asociación Amigos de Newman en la Argentina.

## *Algunos textos de Newman que hablan del matrimonio y la familia*

*Todo hombre, religioso o no, observa en corto tiempo que el mundo es insuficiente para su felicidad, y considera la necesidad a que se encuentra sujeta la humanidad de tener alguna protección, refugio, descanso, hogar o santuario con respecto al mundo exterior....Esta es la razón de que el ser humano desee un hogar, un centro donde pueda poner sus pensamientos y afectos, un cobijo que pueda consolarlo ante los problemas del mundo y que pueda ser su refugio y soporte donde vaya, y esté en su corazón aunque no lo pronuncie con su lengua...Es la única solución natural de todos los hombres: buscan formar un hogar propio, como única necesidad de su naturaleza, o son infelices al vivir sin tenerlo.*

*Ha habido hombres antes de ahora, que han supuesto el amor cristiano tan difusivo como para no admitir concentrarse sobre individuos, de modo que deberíamos amar a todos los hombres igualmente. Y hay muchos que, sin presentar ninguna teoría, no obstante consideran prácticamente que el amor a muchos es algo superior al amor a uno o dos, y abandonan la caridad de la vida privada mientras se ocupan en proyectos de benevolencia expansiva o de unión general y conciliación entre cristianos. Ahora bien, aquí sostendré en oposición a tales nociones sobre el amor cristiano... que la mejor preparación para amar el mundo en general, y amarlo debida y sabiamente, es cultivar una íntima amistad y afecto hacia aquellos que están inmediatamente a nuestro alrededor...*

*Honrar a nuestros padres es el primer paso para honrar a Dios, amar a nuestros hermanos según la carne, el primer paso para considerar a todos los hombres nuestros hermanos. Por eso dice nuestro Señor que debemos llegar a ser como niños para ser salvados, llegar a ser en Su Iglesia, como hombres, lo que fuimos una vez en el pequeño círculo de nuestros hogares de juventud....No podemos amar a aquellos de quienes nada sabemos, excepto*



*que los veamos en Cristo como objetos de su expiación, es decir, más en la fe que en el amor. Y el amor, además, es un hábito, y no puede lograrse sin verdadera práctica, la cual es imposible en tal gran escala....Tratando de amar a nuestros parientes y amigos, sometiéndonos a sus deseos aunque sean contrarios a los nuestros, cargando con sus enfermedades, superando su ocasional indocilidad con bondad, insistiendo en sus excelencias, y tratando de imitarlas, es como formamos en nuestros corazones esa raíz de caridad que, aunque pequeña al principio, puede al final, como la semilla de mostaza, cubrir toda tierra con su sombra... Es un tema muy práctico cuando consideramos qué gran porción de nuestras obligaciones residen en el hogar.*

*He considerado hasta aquí el cultivo de los afectos domésticos como fuente del más extendido amor cristiano...Debería ahora continuar para mostrar, además, que implican un ejercicio real y difícil. Nada es tan probable de engendrar hábitos de egoísmo, que es el opuesto directo y la negación de la caridad, como la independencia en nuestras circunstancias mundanas. Los hombres que no tienen...el consuelo de nadie para consultar, que pueden moverse como les place, y que dan rienda suelta al amor a la variedad y a la comicidad sin descanso, tan comunes a las mentes de muchos, están situados muy desfavorablemente para obtener ese don celestial que es descrito en nuestra Liturgia como "vínculo de paz y de todas las virtudes". Por otro lado, no puedo imaginar ningún estado de vida más favorable para...el maduro y refinado espíritu cristiano (es decir, donde las partes buscan realmente hacer sus deberes), que aquel de personas que difieren en gustos y carácter general, y están obligadas por las circunstancias a vivir juntas, y que acomodan mutuamente sus respectivos deseos y pretensiones. Y este es uno entre los muchos beneficios providenciales...que brotan del santo estado del matrimonio, que no solo demanda los sentimientos más tiernos y bondadosos de nuestra naturaleza, sino que, donde las personas cumplen con su deber, debe ser de muchas maneras, más o menos, un estado de negación de sí.<sup>2</sup>*

*La fe de tantos miles de nuestros días en la divinidad de Jesucristo, no por ser común es necesariamente nocional, sino que puede ser una fe real y personal originada en las diversas almas por diversas experiencias*



*y causas dispositivas combinadas de diversas maneras. Tales son una imaginación cálida y fuerte, una gran sensibilidad, la compulsión y el horror al pecado, la asistencia frecuente a la Misa y a otras ceremonias de la Iglesia, la meditación del contenido de los Evangelios, la familiaridad con cantos y poemas religiosos, el pensamiento de los motivos de credibilidad, el ejemplo y la instrucción de los padres, los amigos religiosos, las providencias extraordinarias, la predicación elocuente.*<sup>3</sup>

*Debe recordarse que las ocupaciones de este mundo, aunque no son celestiales en sí mismas son, después de todo, el camino hacia el cielo, y aunque no son el fruto son la semilla de la inmortalidad, y aunque no son valiosas en sí mismas lo son por aquello a lo que conducen. Pero es difícil darse cuenta de esto. Es difícil darse cuenta de ambas verdades a la vez, y conectarlas, contemplando fijamente la vida futura pero actuando en esta.*<sup>4</sup>

1 *La Iglesia, un lugar para los solitarios*, PPS IV, 12, 1837.

2 *El amor a los familiares y a los amigos*, PPS II, V, 1831

3 G A, 103

4 *Dando gloria a Dios en las ocupaciones del mundo*, PPS VIII, 11, 1836.



### PEDIDO

Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los **Amigos de Newman en la Argentina**.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.

Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7  
CBU 0720094688000005108772  
CUIL 20-08288279-1

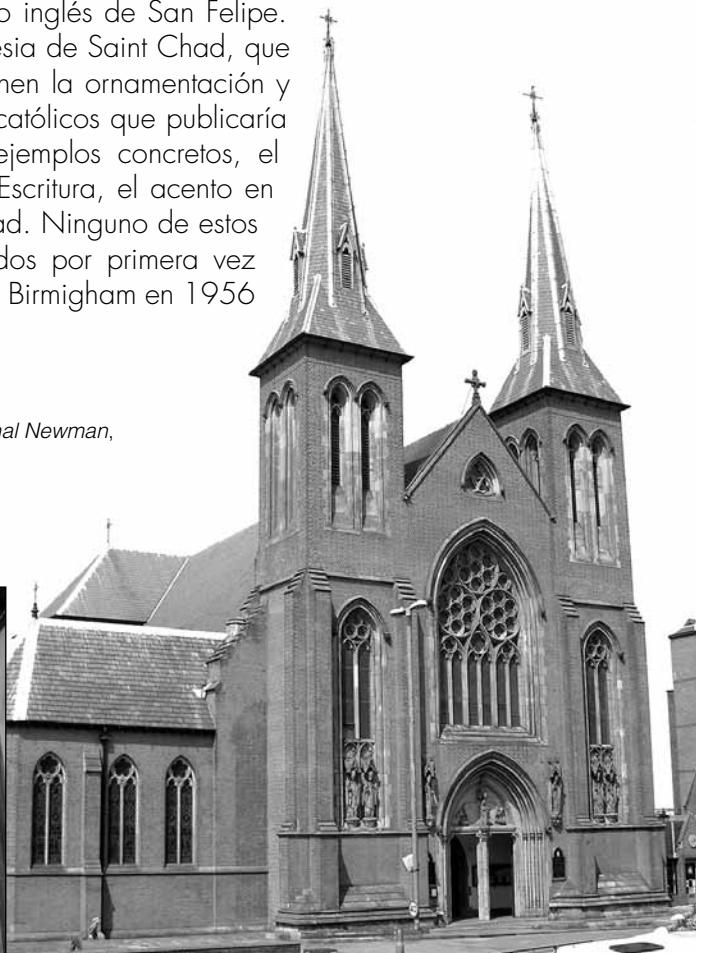
# Sermones católicos

TRADUCCIÓN  
**FERNANDO MARÍA CAVALLER**

## CUATRO SERMONES DE NEWMAN RECIÉN LLEGADO A BIRMINGHAM

Newman fue ordenado sacerdote en Roma en mayo de 1847. Al volver a Inglaterra funda en Birmingham el primer Oratorio inglés de San Felipe. Vive en Maryvale. Fue invitado a predicar en la iglesia de Saint Chad, que poco después sería catedral. Estos sermones no tienen la ornamentación y elaboración de sus sermones anglicanos, ni de los católicos que publicaría en 1848 y 1857, pero allí está su estilo, sus ejemplos concretos, el conocimiento de las almas, el uso de la Sagrada Escritura, el acento en la preparación moral necesaria para recibir la verdad. Ninguno de estos sermones fue editado por Newman. Fueron editados por primera vez desde los manuscritos conservados en el Oratorio de Birmingham en 1956 por el padre C. Stephen Dessain.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Faith and Prejudice and Other Unpublished Sermons of Cardinal Newman*, Sheed & Ward New York, 1956.



Exterior e interior de la catedral de Saint Chad, en Birmingham.

Sermón I

Predicado en la Catedral de St. Chad, Birmingham, el 30 de enero de 1848

# *La omnipotencia de Dios: una razón para la fe y la esperanza*

Cuarto domingo después de Epifanía

Nuestro Señor increpó a los vientos y al mar (Mt 8, 23-27), y los hombres que lo vieron se maravillaron diciendo: ¿qué clase de hombre es este, que aún los vientos y el mar le obedecen? Era un milagro. Mostró el poder de nuestro Señor sobre la naturaleza. Y entonces, como no entendían, se preguntaron rectamente cómo un hombre podía tener poder sobre la naturaleza, a menos que es poder le hubiese sido dado por Dios. La naturaleza sigue su propio camino y no podemos alterarlo. El hombre no puede alterarlo, solamente puede usarlo. La materia, por ejemplo, cae hacia abajo, sea tierra, piedra o hierro, todas las cosas caen a tierra cuando se las deja a sí mismas, y no pueden moverse *excepto* cayendo. No pueden moverse sino cuando son jaladas o empujadas. El agua nunca está en un montón o una masa, sino que fluye por todos lados tan rápido como puede. El fuego siempre arde o tiende a arder. El viento sopla de aquí para allá, sin ninguna regla o ley que se pueda descubrir, y no podemos decir cómo soplará mañana mirando cómo sopla hoy. Vemos todas estas cosas. Ellas siguen su camino, que no podemos alterar. Todo lo que intentamos hacer es usarlas; las tomamos tal como las encontramos y las usamos. No intentamos cambiar la naturaleza del fuego, la tierra, el aire o el agua, pero observamos cuál es la naturaleza de cada una, y tratamos de aprovecharla. Aprovechamos el vapor y lo usamos en trenes y barcos; aprove-

chamos el fuego y lo usamos de mil modos. Usamos las cosas de la naturaleza, nos sometemos a sus leyes naturales, y nos valemos de ellas, pero no mandamos a la naturaleza. No buscamos alterarla, sino meramente dirigirla para nuestros propósitos.

Muy distinto fue con nuestro Señor. Él usó ciertamente los vientos y el agua; usó el agua cuando iba en bote, y el viento para que izaran las velas. Pero hizo más que usarlos. Increpó a los vientos y a las olas, tenía poder de reprimir, de cambiar, de deshacer el curso de la naturaleza, tanto como de hacer uso de ella. Estaba por encima de ella. Tenía poder sobre ella. Esto es lo que hizo maravillar a los hombres. Los marinos experimentados pueden usar los vientos y las olas para llegar a la costa, más aun, incluso en una tormenta saben cómo aprovecharse de ello, tienen reglas para hacerlo, y están a la expectativa para tomar ventaja de cualquier cosa que ocurre. Pero nuestro Señor no quiso hacer esto. No les instruyó sobre cómo manejar sus velas, ni cómo conducir el barco, sino que se dirigió directamente a los vientos y a las olas, y los detuvo, haciéndoles hacer lo que era contra su naturaleza.

Así también, cuando Lázaro estuvo enfermo, nuestro Señor podría haber ido para recomendarle la medicina apropiada y el tratamiento



*La tormenta en el mar*, Rembrandt, óleo sobre lienzo, 160 x 128, 1633.

Sólo Aquél que hizo puede deshacer. Sólo Aquél que fabricó puede destruir. Sólo Aquél que dio a la naturaleza sus leyes puede cambiarlas. Sólo Aquél que hizo el fuego para que ardiera, el alimento para nutrir, el agua para fluir, y el hierro para perforar, puede hacer al fuego inofensivo, al alimento innecesario, al agua firme y sólida, al hierro liviano, y entonces cuando envía a los Profetas o a los Apóstoles, Moisés, Josué, Samuel, o Elías, siempre lo hace obrando milagros, para mostrar que está presente con Sus siervos. Y todas las cosas comienzan a cambiar su naturaleza. Los egipcios fueron atormentados con plagas extrañas, las aguas se pararon amontonándose para que pasara el pueblo elegido, que fue alimentado con el maná en el

que podía curarlo. Pero no hizo nada por el estilo, le dejó morir, y tanto es así que Santa Marta le dijo cuando llegó, “Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto” (Jn 11, 21). Pero nuestro Señor tenía una razón. Deseaba mostrar su poder sobre la naturaleza. Deseaba triunfar sobre la muerte. Y entonces, en vez de evitar que Lázaro muriera por el arte de la medicina, triunfó sobre la muerte con un milagro.

Nadie tiene poder sobre la naturaleza sino Aquél que la creó. Nadie puede obrar un milagro sino Dios. Cuando los milagros aparecen es una prueba de que Dios está presente. Y por eso es que, cada vez que Dios visita la tierra obra milagros. Es el modo como llama nuestra atención. Nos recuerda así que Él es el Creador.

desierto, y el sol y la luna se detuvieron, porque Dios estaba allí.

Esto fue lo que hizo maravillar a los hombres cuando nuestro Señor paró la tormenta sobre el mar. Fue una prueba para ellos de que Dios estaba allí, aunque no lo veían. Más aún, Dios estaba allí y le veían, porque Cristo es Dios, pero sea que aprendieran o no esta grande y sagrada verdad, entendieron bien que Dios estaba realmente allí. Su mano estaba allí, Su poder estaba allí, y por eso temieron. Habéis leído en libros, quizás, historias de grandes hombres que se disfrazan, y al final son conocidos por su voz o por algún hecho que les traiciona. Su voz, sus palabras, sus maneras, o sus hazañas, son su señal; es como un tipo de escritura. Y

así, cuando Dios camina por la tierra, nos da medios de conocer que Él hace eso, aunque sea un Dios escondido y no muestre Su gloria abiertamente. El poder sobre la naturaleza es una señal que nos da de que Él, el Creador de la naturaleza, está en medio nuestro.

Y por eso a Dios se le llama Omnipotente, y este es Su atributo distintivo. El hombre es poderoso sólo por medio de la naturaleza, y la usa como su instrumento, pero Dios no necesita de la naturaleza para que se cumpla Su voluntad, sino que hace Su gran obra, a veces por medio de la naturaleza, y otras veces sin ella, según le agrada.

Observareis, asimismo, que este atributo de Dios es el único que se menciona en el Credo: “Creo en Dios Padre Todopoderoso”. No se dice “Creo en Dios Padre Misericordioso, o Santo, o Sabio”, sin bien estos son también atributos suyos, sino “Creo en Dios Padre *Todopoderoso*”. ¿Por qué es así? Es evidente: porque este atributo es la razón *por la cual creemos*. La fe es el comienzo de la religión, y que Dios lo pueda todo es el comienzo y el primero de Sus atributos, y precisamente por eso debe ser mencionado en el Credo. No seríamos capaces de creer en Él sino conociéramos que es Todopoderoso. Nada es demasiado difícil de creer de Aquél para quien nada es demasiado difícil de hacer. Recordaréis que cuando le fue profetizado a Abraham que su anciana mujer Sara tendría un hijo, ella se rió. ¿Por qué se rió? Porque no pensaba suficientemente en la Omnipotencia de Dios. Y por eso el Señor le dijo “¿Hay acaso algo *imposible* para Dios? (Gen 18,14). Y de igual modo nuestro Señor en el evangelio de este dijo, cuando increpó a los vientos y al mar, “¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca *fe*?” (Mt 8,26). Si hubieran tenido una firme percepción de Su poder, hubiesen estado seguros de que los sacaría del peligro. Pero cuando le vieron dormido en la barca no pudieron creer que estaban a salvo, no entendieron que Él, despierto o dormido, era Omnipotente.

Este pensamiento es muy importante para nosotros hoy porque será el medio de sostenernos en la fe. ¿Por qué creéis todos los acontecimientos extraños y maravillosos que están registrados en la Escritura? Porque Dios es Todopoderoso y puede hacerlos. ¿Por qué creéis que una Virgen concibió y dio a luz un Hijo? Porque es una acción de Dios, y Él puede hacer cualquier cosa, como el Ángel le dijo a la Santísima Virgen: “Nada hay imposible para Dios” (Lc 1,37). Por otro lado, cuando el Ángel le dijo al santo Zacarías que su anciana esposa Isabel iba a concebir un hijo, él le contestó “¿En qué conoceré esto?” (Lc 1,18), y fue castigado de inmediato por no haber creído. ¿Por qué creéis que nuestro Señor resucitó de entre los muertos, o que nos redimió a todos con Su preciosa sangre, o que nos lava nuestros pecados en el bautismo? ¿Por qué creéis en el poder de y la gracia que acompañan a los otros sacramentos? ¿Por qué creéis en la resurrección de vuestros cuerpos? Creéis porque nada es demasiado difícil para Dios, porque por muy maravillosa que sea una cosa Él puede hacerla. ¿Por qué creéis en la fuerza de las santas reliquias? ¿Por qué creéis que los Santos escuchan vuestras oraciones? Porque no hay nada que sea demasiado difícil para Dios.

Esto se aplica especialmente a ese gran milagro del Altar. ¿Por qué creéis que el sacerdote cambia el pan en el cuerpo de Cristo? Porque Dios es Todopoderoso y no hay nada imposible para Él. Y además, como he dicho, sabéis que son los signos y señales de la presencia de Dios. Si Él está presente en la Iglesia Católica, es *natural* esperar que *haga* algunos milagros, y si no hiciera ninguno podríamos estar casi tentados de creer que ha abandonado a Su Iglesia.

Cuando asistís al santo sacrificio del Altar y os arrodilláis en la elevación, y cada vez que hacéis un acto de fe en Dios, contemplando fijamente todo lo que Él ha hecho por nosotros en el Evangelio, recordad que Dios es Todopoderoso, y eso nos capacitará para ser más vigorosos y determinados en hacerlo. Decid yo creo en esto

y aquello porque Dios es Todopoderoso, no doy culto a una creatura, no soy el servidor de un Dios de poder restringido. Pero como Dios puede *hacer* todo, yo puedo *creer* todo. No hay nada que sea demasiado para que Él lo haga, y nada demasiado para que yo lo crea. Agrandaré mi corazón. Avanzaré de un modo generoso. “Abre bien tu boca”, me dice Dios, “y Yo la llenaré” (Sal 81,11). Bien, yo abro mi boca, quiero ser alimentado con Sus palabras. Quiero vivir y crecer con cada palabra que Él diga. Quiero decir con el profeta “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,10). No escatimaré, no dudaré, porque creo eso que quita toda duda. Todos los actos del poder divino son ejemplo y caen bajo ese atributo universal de la Omnipotencia, en el que creo. Si Dios puede hacer todas las cosas, puede hacer esto. Puede hacer mucho más que esto. Por muy maravilloso que pueda ser esto o aquello para nuestras mentes estrechas, deberíamos ver que, sea lo que fuere, no es sino una cosa entre muchas. Esto es lo que quiso nuestro Señor dar a entender al santo Natanael, que conmovido algo que el Señor le había dicho clamó “Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”, a lo cual respondió Él “¿Por haberte dicho esto crees? Has de ver cosas mayores” (Jn 1,50). No hay límite para el poder de Dios, es inagotable. Que tampoco haya límite para nuestra fe. No nos alarmemos ante lo que estamos llamados a creer, permanezcamos vigilando. Algunas personas son lentas para creer los milagros que se adjudican a los santos. Pero sabemos que tales milagros no son parte de la *fe*, que no tienen un lugar en el Credo. Y algunos se relatan con mejor evidencia que otros. Unos pueden ser verdaderos, y otros ciertamente no lo son. Unos pueden ser verdaderos pero no son milagros. ¿Pero aun así por qué debería ser *sorprendente* escuchar hablar de milagros? ¿Están más allá del poder de Dios, y no está presente Dios con Sus santos y ha hecho milagros antiguamente? ¿Son los milagros una cosa nueva? No hay razón para estar sorprendidos, por el contrario, porque en el Sacrificio de la Misa Él hace diariamente el más

maravilloso de los milagros con la palabra del sacerdote. Si hace diariamente un milagro mayor que cualquier otro que podamos nombrar, ¿por qué deberíamos sorprendernos de escuchar noticias de que ha hecho otros milagros menores de vez en cuando?

El evangelio del día nos presenta el deber de la *fe*, y descansa en la Omnipotencia de Dios, como se llama. Nada es demasiado difícil para Él, y creemos que la Iglesia nos dice de Sus hechos y providencias porque Él puede hacer todo lo que quiere. Pero hay otra gracia que nos enseña el evangelio, y que es la *esperanza* o *confianza*. Observaréis que cuando llega la tormenta los discípulos estaban con gran *angustia*. Pensaban que les estaba viniendo alguna gran calamidad. Entonces Cristo les dijo “¿Por qué tenéis *miedo*? La esperanza y el temor son contrarios entre sí, y ellos tenían miedo porque no esperaban. Esperar es, no sólo creer en Dios, sino creer y estar ciertos de que Él nos ama y tiene buenas intenciones con nosotros, y por eso es una gracia cristiana muy grande. Porque la fe sin la esperanza no nos lleva ciertamente a Cristo. Los demonios creen y tiemblan (St 2, 19). Creen pero no llegan a Cristo porque no esperan, sino que desesperan. Desesperan de obtener algo bueno de Él, más aún, saben que no obtendrán sino algo malo, y se quedan lejos. Recordaréis aquel hombre poseído por los demonios que dijo “¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Viniste aquí para atormentarnos antes de tiempo?” (Mt 8, 29). La llegada de Cristo no fue consuelo para ellos, al contrario, se retiraron ante Él. Sabían que no les traía algo bueno sino el castigo. Pero para los hombres Él pretende el bien, y sabiendo y sintiendo esto es por lo que son atraídos hacia Él. No se acercarán a Dios hasta estar seguros de esto. Deben creer que Él es no solo poderoso sino misericordioso. La fe está fundada en el conocimiento de que Dios es todopoderoso, y la esperanza en que es misericordioso. Y la presencia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo excita nuestra esperanza tanto como la fe, porque Su

mismo nombre Jesús significa Salvador, y porque fue tan amoroso, manso y generoso, cuando estuvo en la tierra.

Les dijo a Sus discípulos cuando se levantó la tormenta “¿Por qué tenéis miedo?”, es decir, debéis esperar, debéis confiar, debéis reposar vuestros corazones en Mí. No soy sólo todopoderoso sino también misericordioso. He venido a la tierra porque os amo muchísimo. ¿Por qué estoy aquí, en carne humana, y tengo estas manos tendidas hacia vosotros, y estos ojos de los que fluyen lágrimas de piedad, sino porque os deseo el bien, porque quiero salvaros? La tormenta no puede dañaros si Yo estoy con vosotros. ¿Podréis estar mejor que bajo mi protección? ¿Dudáis acerca de Mi poder o Mi voluntad, y pensáis que os *descuido* porque duermo en la barca y soy *incapaz* de ayudaros excepto cuando estoy despierto? ¿Por qué tenéis miedo? ¿He estado tanto tiempo como vosotros y todavía no confiáis en Mí, y no podéis estar en paz y tranquilos a Mi lado?

Y así, hermanos, nos habla a nosotros ahora. Todos los que vivimos esta vida mortal tenemos nuestras aflicciones. Vosotros las tenéis, pero cuando estáis angustiados, y las olas parecen elevarse y arrollaros pronto, haced un acto de fe, un acto de esperanza, en vuestro Dios y Salvador. Él os llama y tiene Su boca y Sus manos llenas de bendiciones para vosotros. Dice “Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y Yo os aliviaré” (Mt 11, 28). “¡Oh vosotros, sedientos todos”, clama el profeta, “venid a las aguas! Venid también los que no tenéis dinero, comprad y comed” (Is 55,1). Nunca dejéis que os venga a la mente el pensamiento de que Dios es un duro maestro, un maestro severo. Es verdad que llegará el día en que vendrá como justo Juez, pero ahora es el tiempo de la misericordia. Aprovechadlo y haced de él un tiempo de gracia. “En el tiempo aceptable te escuché, y en el día de salvación te socorrí” (2 Cor 6,2). Este es el día de la esperanza, el día de la obra, el día de la actividad. “Vendrá la noche, en que ya nadie puede obrar”

(Jn 9,4), pero somos hijos de la luz y del día, y entonces el desaliento, la frialdad de corazón, el temor y la flojedad, son pecados en nosotros. Ciertamente las tentaciones vienen sobre vosotros para murmurar, pero resistidlas, ponedlas a un lado, pedid a Dios que os ayuda con Su gracia poderosa. Él no permite que os venga ninguna tentación sin daros la gracia para vencerla. No perdáis vuestra esperanza, sino “levantad las manos caídas y fortaleced vuestras rodillas flojas” (Heb 12, 12). “No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo una gran recompensa” (Heb 10, 35). Buscad Su rostro que habita siempre en la presencia real y corporal en Su Iglesia. Haced al menos tanto como los discípulos, que tenían poca fe, temían, y no tenían gran confianza y paz, pero al menos no se alejaron de Cristo. No se quedaron a pesar de todo con mal humor, sino que vinieron a Él. ¡Oh sí!, nuestra mejor condición no es más elevada que la peor de los Apóstoles. Nuestro Señor le reprochó tener *poca* fe, porque ellos le pidieron a gritos. Yo desearía que los cristianos de hoy hicieran tanto como esto, que llegáramos tan lejos como para gritarle alarmados. Desearía que tuviésemos solamente tanta fe y esperanza como la que Cristo pensó que era poca en Sus primeros discípulos. Al menos imitad a los Apóstoles en su debilidad si no podéis imitarlos en su fortaleza. Si no podéis actuar como santos, actuad al menos como cristianos. No os alejéis de Él, sino venid a Él cuando estéis en la aflicción, pidiendo día a día, con seriedad y perseverancia, aquellos favores que sólo Él puede dar. Y así como en aquella ocasión de que habla el evangelio Él culpó a los discípulos, pero hizo lo que le pedían, así confiemos en Su gran misericordia que, aunque Él vea mucha debilidad en vosotros que no debería estar ahí, se digne increpar a los vientos y el mar, y decir “¡Paz, calmaos!” (Mc 4, 39), y habrá una gran calma.

Sea esta vuestra feliz herencia, mis queridos hermanos, y os bendiga Dios Todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén. ●—



## Sermón II

Predicado en la Catedral de St. Chad, Birmingham, el 20 de febrero de 1848

# La preparación para el Juicio

Domingo de Septuagésima

“**L**os últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos, porque muchos son los llamados pero pocos los elegidos” (Mt 20,16). Tales son las palabras con que termina el evangelio de hoy, que es la parábola de los trabajadores de la viña. Sabéis bien, hermanos, que en esa parábola el dueño de la viña llama a todos los trabajadores que puede juntar. Y los llama en diferentes momentos, algunos a la mañana, otros al mediodía, otros por antes del atardecer. Cuando llega la tarde ordena al administrador que los junte y les pague por el día. Es muy claro lo que esto significa. El Dueño de la Viña es nuestro Señor y Salvador, nosotros somos los trabajadores, y el atardecer es la hora de la muerte, cuando cada uno recibirá la recompensa de su trabajo, si hemos trabajado bien.

Hay más que esto en la parábola, pero no voy a entrar en detalles. Me contentaré aquí con el bosquejo general que he dado, y con las palabras con las que concluye: “los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos”, etc.

Está bien descripta la hora de la muerte como un atardecer. Hay algo especialmente calmo y solemne en el atardecer, que representa adecuadamente la hora de la muerte. ¡Qué peculiar y distinta a cualquier otra cosa es una tarde de verano, cuando después de la fiebre y el calor del día, después de caminar y trabajar, después de cualquier fatiga, terminamos, y gozamos por unos

pocos minutos de la agradecida sensación de descanso! Es especialmente así en el campo, donde la tarde tiende a llenarnos de paz y tranquilidad. El decrecer de la luz, el callar de los sonidos, y quizá el dulce olor de los bosques o las hierbas que nos rodean, el mero acto de descansar, y la conciencia de que llega la noche, todo tiende a tranquilizarnos y hacernos serios. Oh sí, sé que en personas de espíritu irreligioso tiene todo esto un efecto diferente, y mientras otros hombres en la tarde calmosa se elevan al amor de Dios y de Cristo y al pensamiento del cielo, *ellos* se dejan llevar por el pensamiento del mal y de los actos de pecado. Pero estoy hablando de aquellos que viven hacia Dios y preparan sus corazones para el cielo, y digo que tales personas encuentran en la calma del atardecer una incitación para una mayor devoción, para una mayor renuncia del mundo. Les pone delante la llegada de la muerte, y les lleva con el Apóstol a morir diariamente. La tarde es el tiempo para las visitas divinas. El Señor Dios visitó a Adán después de que hubo pecado en el jardín, en el fresco del atardecer. A la tarde el patriarca Issac salió a meditar en el campo. A la tarde se manifestó nuestro Señor a los dos discípulos de Emaús. En la misma tarde se apareció a los Once, soplando sobre ellos, dándoles el Espíritu Santo, e invistiéndolos con el poder de remitir o retener los pecados.

Incluso en una ciudad el atardecer es un tiempo tranquilizador. Es calmante estar al final de la semana, habiendo terminado el trabajo, con

el día de descanso ante nosotros. Es tranquilizador incluso encontrarnos al atardecer del día de descanso, aunque la labor nos aguarda al día siguiente. Es un sentimiento que casi todos podemos testificar como algo peculiar, como algo que prefigura apropiadamente ese tiempo tremendo cuando nuestro trabajo esté hecho y descansemos de nuestras labores.

Esa será, ciertamente, nuestro atardecer, cuando el largo día de la vida esté pasando y la eternidad esté a la mano. El hombre va a su trabajo y tarea hasta la tarde, y luego viene la noche cuando nadie puede trabajar. Hay algo inexpresablemente solemne y dominante en ese tiempo en que la obra está realizada y viene el juicio. Hermanos míos, cada uno de nosotros a su turno debe llegar a la tarde de la vida. Cada uno debe entrar en la eternidad. Cada uno debe llegar a ese momento calmo, tremendo, en que aparecerá ante el Señor de la Viña, y responderá sobre lo que ha hecho en la vida mortal, sea bueno o malo. Hermanos, eso tendréis que experimentarlo. Cada uno de vosotros deberá someterse al juicio particular, y será el momento más silencioso y terrible que podáis sufrir. Será el temible momento de la expectación, cuando vuestro destino de eternidad esté en la balanza, y estéis por ser enviados a la compañía de los santos o de los demonios, sin posibilidad de cambio. No puede haber cambio, no puede haber revocación. Lo que ese juicio decida así será por los siglos de los siglos. Tal es el juicio particular. El juicio general al fin del mundo será temiblemente público, lleno del terrible resplandor del Juez. Sonará la trompeta del Arcángel y el Señor descenderá del cielo en la luz. Las tumbas se abrirán. El sol y la luna se oscurecerán y esta tierra habrá pasado. No es este el tiempo del atardecer



*El Juicio final (detalle), Miguel Angel, Capilla Sixitina, Roma.*

sino más bien una tempestad en medio de la noche. Pero la parábola del evangelio habla de la tarde, y por tarde se entiende, no el fin del mundo, sino el momento de la muerte. Y quizás ese juicio solitario, cuando el alma esté ante su Hacedor para contentar por sí misma, sea realmente igualmente terrible, aunque muy diferente. Oh, quién puede decir cuál juicio es más terrible, el secreto y silencioso o la abierta y gloriosa llegada del Juez. Será más terrible ciertamente, el que llega primero para encontrarnos uno por uno, en Su presencia, y tener ante nosotros de modo vívido todos nuestros pensamientos, palabras y obras de la vida pasada. ¿Quién será capaz de

soportar la visión de Él? Y sin embargo, seremos obligados seriamente a confrontarnos y mirarnos a nosotros mismos. No nos gusta saber cuán pecadores somos. Amamos a los que nos profetizan cosas consoladoras, y nos enojamos con los que nos dicen nuestras faltas. Pero entonces, no sólo una falta, sino todos los defectos, secretos o evidentes, de nuestro carácter serán descubiertos claramente. ¡Y en ese momento en el que nos venga la plena visión de nosotros mismos, quién no deseará haberse conocido más a sí mismo aquí, que haber dejado que se le revele todo en ese día inevitable!

Estoy hablando, no sólo de los malos, sino de los buenos. Ciertamente, para aquellos que han muerto sin hacer el bien, será una visión insufriblemente espantosa, y no tendrán que contemplarla mucho tiempo en silencio, porque serán apurados hacia su castigo. Pero hablo de las almas santas, almas que serán salvadas, y digo que para ellas la visión de sí mismas será intolerable, será un tormento ver lo que realmente son y los pecados que están en su contra. Y por eso algunos autores han dicho que su horror será tal que, por propia voluntad y por una santa indignación contra ellas mismas, estarán listas para sumergirse en el purgatorio para satisfacer la divina justicia, y quedar limpio de lo que es tan abominable para su propio claro sentido y juicio espiritual. No sabemos cuán grande es un pecado maligno. No sabemos cuán sutil y penetrante es un mal. Nos rodea y entra en cada arruga, en cada poro. Es como el polvo que cubre todas las cosas, manchando cada parte de nosotros, y requiriendo constante atención y limpieza. Nuestras mismas obligaciones nos cubren con su miserable polvo y suciedad. Mientras trabajamos en la viña de Dios y hacemos Su voluntad, por la debilidad de nuestra naturaleza pecamos en asuntos menores incluso cuando hacemos el bien en los mayores, de modo que cuando llega la tarde, a pesar de nuestros cuidados, de los sacramentos de la Iglesia, y de nuestras oraciones y penitencias, estamos cubiertos del calor y la suciedad del día.

Digo que este será el caso incluso de las personas religiosas que han trabajado para salvar sus almas, pero ¡qué miserable será el caso de los que nunca han tenido pensamientos religiosos! Hay personas, por ejemplo, que no pueden soportar pensamientos de ningún tipo, que no pueden aguantar una hora de reflexión silenciosa. Sería un gran castigo para muchos estar obligados a pensar sobre sí mismos. A muchos les gusta vivir en un remolino, en una u otra excitación que mantenga sus mentes ocupadas, y les libre de pensar en sí mismos. Cuántos hombres emplean su tiempo libre en saber sólo las noticias del día. Les gusta leer las publicaciones periódicas y saber lo que está ocurriendo en las cuatro partes del mundo. Llenan sus mentes con asuntos que o no les conciernen o conciernen sólo a su bienestar temporal, con lo están haciendo en varias partes de Inglaterra, con lo que está haciendo el Parlamento, con lo que se hace en Irlanda o en el Continente. Descienden a pequeños asuntos de ninguna importancia, más que considerar lo que debe venirles encima, si no antes, al menos en la tarde de la vida y cuando estén ante su Juez. Otros están llenos de proyectos para hacer dinero; sean de clase alta o baja éste es su propósito, codician la riqueza y viven pensando cómo obtenerla. Son conscientes de las inventivas y mejoras de su negocio particular, y de nada más. Rivalizan entre sí. Corren una carrera entre sí, no la celestial por una corona incorruptible, de la que habla el Apóstol San Pablo (1 Cor 9,25), sino una baja y terrenal, tratando cada uno, por todos los medios que puede, de distanciar a su vecino en lo que se llama el favor del público, y haciendo de esto su único fin, sin pensar para nada en la religión. Y otros de ocupan de alguna doctrina, sea de política o de comercio o de filosofía, gastan sus vidas en eso, y van por ahí recomendándola de todos los modos que pueden. Hablan, escriben, y trabajan por un objetivo que perecerá con este mundo, que no podrá pasar con ellos por la tumba. El santo Apóstol dice “Bienaventurados los que mueren en el Señor...pues sus

obras *los acompañan*” (Ap 14,13). Las buenas obras nos acompañan, las malas también, pero todo lo demás no vale nada, es paja. El torbellino y la danza de los asuntos mundanos son como un remolino de paja o polvo, del que nada resulta, que dura de día pero que no se encuentra por la tarde. Y sin embargo, cuántas almas inmortales gastan sus vidas en nada mejor que marearse con sus remolinos de política, de partidos, de opiniones religiosas, de conseguir dinero, de todo lo que no da resultado.

Observad que en la parábola el Dueño de la Viña hace una sola cosa. Le dice al sirviente que “llame a los trabajadores para darles su jornal”. No hizo sino preguntar *qué habían hecho*. No preguntó cuál era su opinión sobre ciencia, sobre arte, sobre los medios de enriquecerse, o sobre asuntos públicos, ni les preguntó si conocían la naturaleza de la viña para la que habían estado trabajando. No se les pidió saber cuántas clases de vides había en el mundo, y cuáles podían crecer en el país y cuáles no. No se les llamó para dieran su opinión de qué suelos son los mejores para las vides. No fueron examinados sobre minerales, arbustos, o cualquier otra cosa que puede hallarse en la viña, sino sobre esta sola cuestión: si habían *trabajado* en la viña. Primero debieron estar en la viña y luego trabajar en ella; estas fueron las dos cosas. Y así será con nosotros después de la muerte. Cuando lleguemos a la presencia de Dios, se nos preguntarán dos cosas: si estuvimos en la Iglesia y si trabajamos en ella. Todo lo demás no tiene valor. Si hemos sido ricos o pobres, educados o ignorantes, prósperos o infortunados, enfermos o saludables, si hemos tenido un buen nombre o uno malo, todo esto estará lejos del trabajo de ese día. La simple pregunta será si somos católicos y buenos católicos. Si no lo hemos sido, no ayudará en nada haber tenido siempre aquí honores, éxitos y un buen nombre. Y si lo hemos sido, no importará nada haber sido siempre despreciado, pobre, duramente presionado, afligido, y sin amigos. Cristo arreglará todas las cosas para nosotros si le hemos sido fieles, y nos quitará todas las cosas si hemos vivido para el mundo.

Entonces se cumplirán las terribles palabras de la parábola. Muchos que son los últimos serán los primeros, pues muchos son los llamados pero pocos los elegidos. Entonces también se verá cómo han recibido la gracia y no les ha aprovechado. Se verá cuántos fueron llamados a la Iglesia, por la influencia de la gracia de Dios, pero cuán pocos tienen un lugar preparado en el cielo. Se verá cómo muchos han resistido a su conciencia, al llamado de Cristo a seguirle, y están perdidos. Este es el día de la gracia y de la paciencia divina. Dios da la gracia y es paciente con nosotros, pero cuando llega la muerte no hay más tiempo ni de gracia ni de paciencia. Se agotó la gracia y se agotó la paciencia. Nada queda sino el juicio, un terrible juicio sobre aquellos que na vivido en desobediencia.

¡Y qué visión se hará presente, que inesperada visión en el último día y el juicio público, con esa revelación de todos los corazones! ¡Qué diferentes parecerán las personas de lo que parecen ahora! ¡Cómo los últimos serán los primeros y los primeros últimos! Entonces, aquellos hacia los que el mundo levantó los ojos serán abajados, y aquellos que fueron poco estimados serán exaltados. Entonces, se verá quiénes son los que han movido los asuntos del mundo, los que sostuvieron la causa de la Iglesia o los que influyeron las vicisitudes de los imperios, no los grandes y poderosos, no aquellos cuyos nombres son conocidos en el mundo, sino los humildes y despreciados seguidores del Cordero, los santos sumisos, los hombres llenos de oración y buenas obras a quienes el mundo pasó por alto, el coro escondido de testigos santos cuyas voces ascienden hasta Cristo día a día, los sufrientes que parecen haber vivido para nada, los pobres a quienes el orgulloso mundo piensa que son una ofensa y una molestia. Cuando llegue ese Día, que sea bueno para cada uno de vosotros, hermanos míos, y que os bendiga Dios Todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén. —

## Sermón III

Predicado en la Catedral de St. Chad, Birmingham, el 27 de febrero de 1848

# Los llamados de la gracia

Domingo de Sexagésima

**E**n la parábola del sembrador (Lc 8, 4-15), que nos trae el evangelio de hoy, se nos presentan cuatro tipos de hombres, todos los cuales reciben la palabra de Dios. El sembrador siembra primero sobre la tierra dura o el camino, luego sobre tierra poco profunda o rocosa, luego sobre una tierra donde hay otras semillas, y por último en terreno realmente bueno, rico y bien preparado. El sembrador significa el predicador, la semilla es la palabra predicada, y el camino, la roca, el terreno ocupado y el bueno, son los cuatro estados de espíritu diferentes de aquellos que escuchan la palabra. Tenemos aquí una pintura antes nosotros que, por la misericordia de Dios, nos da un tema apto para meditar esta tarde.

Consideremos primero el caso de la tierra dura y la semilla sembrada allí. “Una semilla cayó a lo largo del camino, y fue pisada y se la comieron los pájaros del cielo”. Tal es el poder de la palabra divina, dicha por el predicador nombrado, y tan bendecida y favorecida está por la gracia divina, que va como un dardo o una flecha. El profeta Amós dice “Agudas son sus flechas en el corazón de los enemigos del Rey” (Sal 45,5), y otro profeta dice: “Por eso los he hecho trizas por los profetas, los he matado por las palabras de mi boca” (Os 6,5). Y así también en el libro del Apocalipsis nuestro Señor está representado con una espada aguda que sale de su boca (Ap 19,15), y San Pablo habla de la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios (Ef 6, 17). La pa-



*La parábola del sembrador, icono bizantino..*

labra va adelante, como dice el profeta Isaías, y no regresa a Él vacía, sino que hace aquello para lo cual Él la envía (Is 55,11). Nada puede detenerla, excepto un corazón cerrado. Nada puede resistirla, excepto una voluntad deliberadamente mundana, carnal e impía; esa podrá. Pero donde el corazón es siempre un poco blando la palabra divina entra; donde no es blando queda en la superficie, y leemos en la parábola las consecuencias: “se la comieron los pájaros del cielo”. No estuvo allí mucho tiempo. Fue la alternativa: o era admitida interiormente, o el viento, los pájaros, o las pies de los transeúntes, como podría ser, la destruyen.

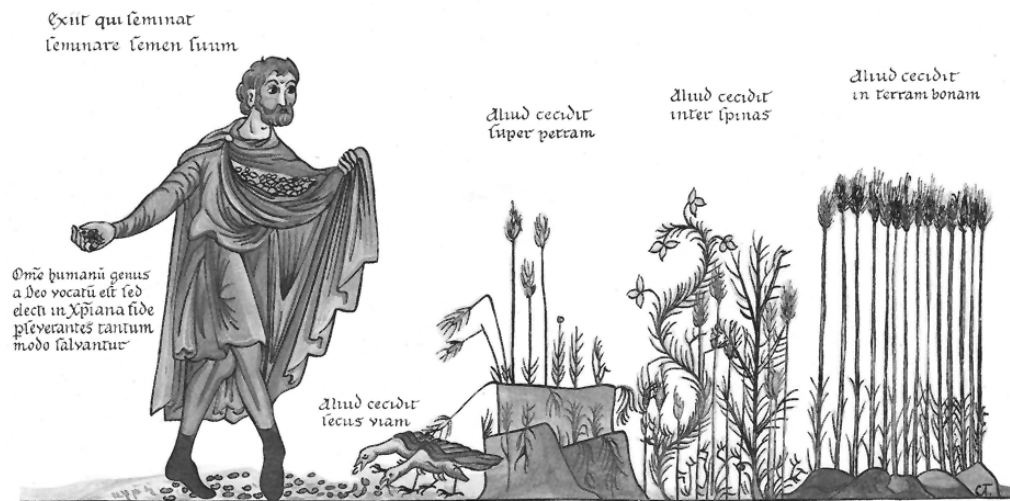
Ahora bien, puedo imaginar que algunos de los que me escuchan están pensando que este es

un caso extremo, cuando quizás es el suyo propio. Cuando leen o escuchan esta imagen de la semilla cayendo al borde del camino, la pueden escuchar de modo indiferente como si no tuvieran interés, cuando pueden tener que ver con la descripción. Existe un gran número de personas cuyos corazones son como el camino duro. Explico lo que quiero decir. Supongo que nos ocurre a todos escuchar que se mencionan nombres de personas, o acontecimientos, o sucesos, que olvidamos al momento siguiente; pasan sencillamente por nuestra mente y no dejan huella. ¿Por qué? Porque nunca escuchamos antes acerca de ellos, no tenemos interés, y no los asimilamos. Son como un lenguaje desconocido, y se van como vinieron. Pero suponed ahora que la persona mencionada es alguien cuya historia conocemos. Suponed que es un hombre público de quien hemos escuchado hablar o hemos leído de él durante muchos años. Bueno, si escucháramos que algo le pasó, que dejó el país, o cayó en desgracia, o está enfermo, o fue promovido, o ha muerto, su nombre ilumina toda una historia y tomamos gran interés en la noticia. Conectamos lo que ahora escuchamos con lo que ya sabemos. Y así podéis encontrar a menudo que, al entrar en una reunión de personas y decir esto o aquello de alguien, la noticia produce un gran efecto en uno, pero no tiene ningún significado en otro. Éste último cambia de tema enseguida y no está impresionado, pero el primero expresa sorpresa, placer o pena, y dice: “¿Es posible? Recuerdo a ese hombre hace veinte años, cómo cambió, o qué gran ascenso, o qué triste final”. Podríamos escuchar ahora que el rey de los franceses ha abdicado, y uno dirá “recuerdo cuando llegó al trono” y reflexionará sobre eso, pero para otro las noticias son tan vanas que no piensa nada al respecto.

Y mucho más, si las noticias tienen que ver con algún amigo querido, o alguna persona cercana. Si escuchamos siquiera mencionar su nombre en la conversación, nuestros oídos se agudizan para captarlo al instante, porque la imagen

de una persona a quien conocemos bien está asociada en nuestras mentes con mil pensamientos, tiene un lugar en nosotros, es, como si fuera, parte de nosotros. Tiene una larga historia escrita dentro de nosotros, y su nombre un profundo significado.

Pero veis la diferencia entre alguien cuyo corazón es duro y alguien cuyo corazón es blando. Uno ha pensado a menudo en la religión, el otro nunca. Éste estará interesado suficientemente si le habláis de cosas relacionadas con este mundo, y prestará atención enseguida si le habláis sólo de cómo mejorar la cosecha o hacer dinero de algún modo, o de cualquier diversión mundana o placer mundano. Pero le habláis acerca de las cuatro postrimerías, muerte, juicio, cielo e infierno, os mirará fijamente desconcertado o se reirá. Si le decís palabras buenas y santas escuchará y olvidará. Es el terrible caso de muchos ante la muerte; las personas religiosas dicen lo que pueden para conmover al moribundo, y el pobre paciente escucha, por cierto, pero sin emoción, sin pensamiento alguno. Las palabras caen y no tienen efecto, y así muere. Por el contrario, algún lugar sagrado y nombre sagrado es como un hechizo mágico para aquellos cuyos corazones están acostumbrados a pensar en la religión, o dispuestos de algún modo y preparados para la gracia de Dios. Tomad una persona que ha sido probada por la desgracia, o que ha sufrido la pérdida de algún familiar querido, o que ha caído en pecado y siente compunción, y entonces cuando siente las palabras “¿qué tengo que hacer para salvarme?” (Hech 16, 30), o “después de la muerte, el juicio” (Heb 9, 27), o “Creed y seréis salvos” (Rom 10, 9), o “consolad, consolad a mi pueblo” (Is 40, 1), o “Cristo murió por los pecadores” (1 Pe 3, 8), esas pocas palabras se ajustan a su estado habitual de espíritu, y le encienden de inmediato, no puede evitar escucharlas, las toma y las devora. Más aún, sabemos que para la gente santa el mismo nombre de Jesús es un nombre que alimenta, que transporta, o el nombre de María, o el de ambos, “Jesu Ma-



La parábola del sembrador, Hortus Deliciarum, Herrada de Landsberg, siglo XII.

riae” y “Alma Redemptoris Mater”<sup>2</sup>, y ha habido santos que murieron en éxtasis con el nombre. La imagen que pone ante la mente a la Madre y el Hijo, al Hijo Eterno y Su favorecida Madre, esa relación tremenda que extasía, muy humana pero muy divina, esas son las palabras que pueden levantar a los muertos y transfigurar y beatificar a los vivos.

Observaréis que en la parábola, no sólo las aves se llevan la Palabra de Vida sino los pies de los que pasan la aplastan. He hablado hasta aquí de los que son ignorantes, descuidados y sin corazón, a quienes el demonio roba el divino tesoro, mientras ellos lo dejan en la superficie de su espíritu. Pero hay otros que son peores que estos, que pisotean las palabras divinas. Son los que sienten desdén y odian la verdad. Es terrible de decir, pero vemos con nuestros ojos cómo mucha gente odia la doctrina que Cristo ha revelado y la Iglesia que la enseña. Por supuesto, muchos lo hacen por mera ignorancia, y sentirían y actuarían de otro modo si tuvieran la oportu-

nidad. Pero están aquellos, y no son pocos, que desprecian y se irritan ante la predicación de la Palabra de Vida, y la rechazan. Ha sido así desde el principio. Caín mató a Abel, José fue desnudado y vendido por sus hermanos, David fue odiado por Saúl, y sobre todo nuestro Señor fue escupido y llevado a la muerte por los judíos. “Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). Y así como Él fue abominado y echado fuera por una generación pecadora, desde que ha partido Su palabra es abominada por el mundo. Algunas veces es por falta de amor, y escucháis a personas que injurian a la Iglesia, ridiculizan las cosas más sagradas, se enojan directamente cuando se las menciona, frunce el ceño, cambian el rostro y se inquietan cuando ven un sacerdote, sospechan cualquier cosa horrible y detestable como característica de monjes o monjas, y difunden con profundo prejuicio las historias más mentirosas. Algunas veces es por falta de fe, y piensan que es maravilloso y extraño que se pueda encontrar hombres que crean esta o aquella doctrina, y no los creerán poder encontrarlos, piensan que fingen creer lo que no creen, miran a los católicos educados como hipócritas. Otras

2 Himnos marianos.





Newman, sacerdote, en la época de predicación de estos sermones..

veces brota de una mala conciencia e impaciencia de que se les señale su deber. Nuestro Señor nos manda no tirar perlas a los cerdos porque las pisotearán con sus pezuñas (Mt 7,6). Esto es lo que hace la gente sensual o carnal. Quieren vivir a su modo, no les gustan ser advertidos con el juicio y el infierno, y cuando les llegan las amonestaciones se levantan contra ellas, y piensan que es una ofensa personal que se les diga la verdad de Dios. Ponen sus pies sobre ella y pisotean la llama celestial.

Pero voy a mencionar ahora una tercera clase de dureza de corazón, que no es infrecuente, y es el caso de aquellos que se familiarizan con la Palabra de Vida y luego no son movidos por ella. Cuando las personas que están viviendo en pecado escuchan por primera vez el sonido de la verdad católica se conmueven, pues es algo nuevo y la novedad de la doctrina es un instrumento de Dios.

Es una bendición de Dios hacer que les conmueva. Les sacude y les arrastra. Y entonces, el culto de la Iglesia Católica es tan sobrecogedor, las formas santas, las acciones sagradas, las celebraciones imponentes (la bendición con el Santísimo, por ejemplo), les subyugan. Se rinde a Dios, se sienten en las manos de su Salvador. Son llevados a clamar: “Tómame y haz de mí lo que quieras”<sup>3</sup>. Esto dura por algún tiempo, y en algunos casos, gracias a Dios, termina felizmente, y esta excitación y éxtasis del espíritu lleva a una conversión durable. Pero otros casos no. Una persona es conmovida por un tiempo y luego la excitación se va. He visto casos de este tipo, y muchos pueden conocerlos. Alguien está a punto de hacer una real conversión, de tomar la religión en serio, de poner un solo objetivo ante él como el fin de su ser y el propósito de su vida: agradar a Dios y salvar su alma. Pero le viene todo lo propio de un cambio súbito. Casi ha tenido lugar mientras girábamos nuestras cabezas y mirábamos hacia otra parte. Le vemos de vuelta y es casi otro hombre, o más bien, es el mismo, el mismo que era. Ha recaído en su viejo olvido de la religión, y cuando se ha relajado es imposible conmoverle. Allí está para siempre. De modo que, cuando una persona no es exactamente olvidadiza de la religión, sino que tiene una forma de religión, vive según normas, y se la llama, y en cierto sentido es, un hombre religioso, y es movido a abrazar esa única forma verdadera de piedad que viene del cielo, si rechaza dar el paso, si falla su coraje, o su orgullo lo detiene, o el amor del mundo lo hace retroceder, y abandona la idea, ya no es lo que era antes. No, es peor. El último estado de ese hombre es peor que el primero. Antes era duro, y ahora es diez veces más duro. No sólo ha sido pisada la buena semilla, sino que su corazón ha sido pisoteado, es tan duro como el pavimento, y nada le moverá otra vez.

Este es a menudo el caso en lugares donde la verdad ha sido predicada por muchos años, en comparación con lugares nuevos. En un nuevo

3 Himno litúrgico.

lugar encontráis que la Palabra prospera, pero en el viejo hay frialdad, falta de vida, languidez, tibieza, timidez, insinceridad.

Y hay un caso de esta dureza de corazón aún más terrible. He conocido el caso de una persona que abandona la religión por un tiempo, pareciendo ser religiosa, y luego la repudia y abandona incluso la creencia en Dios, como un animal del campo, y lo confiesa diciendo algo como esto: “Yo era una vez religioso. La religión tuvo en mí su día. Creció como el pasto y se malogró como el pasto. No puedo revivirla. Fue un cierto estado de espíritu en un cierto período de mi vida, pero ya se me pasó la edad para eso”.

Y ahora, queridos hermanos, qué otra lección puedo sacar de estas consideraciones que la que da el profeta en el Salmo, y que el Apóstol hizo propia: “Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones como el día de la provocación, como el día de la tentación en el desierto... Exhortaos mutuamente cada día mientras dura este *hoy*, para que ninguno de vosotros se *endurezca* seducido por el pecado” (Sal 95, 7-10; Heb 3, 7-13). Cuando el corazón es duro, los pájaros se llevan la semilla divina. Y no la traen de vuelta, se va para siempre. Aprovechad mucho el tiempo precioso. No demoréis, muchas almas han sido dañadas por demorar. Las oportunidades de Dios no esperan, vienen y se van. La Palabra de Vida no espera, y si no os la apropiáis, el demonio se la apropiará. Él no se demora, tiene siempre sus ojos abiertos y está listo para precipitarse y arrebatarse el don que vosotros habéis demorado en aprovechar.

Y si sois conscientes de que vuestros corazones son duros, y deseáis que puedan ablandarse, no desesperéis. Todas las cosas son posibles para vosotros, con la gracia de Dios. Acercaos a Él para tener la voluntad y el poder de hacer aquello a lo cual os llama. Nunca desampara a quien le invoca. Nunca pone a prueba a nadie sin darle la gracia para superarla. No desesperéis entonces, no os desalentéis, incluso si os acercáis

a Él y no sois enseguida elevados para vencerlos a vosotros mismos. Él da la gracia poco a poco. Es llegando a Su presencia diariamente que, de modo gradual, nos encontramos reverentes por esa presencia y capaces de creer en Él y obedecerle. Por ello, si alguno desea iluminación para conocer la voluntad de Dios y la fuerza para hacerla, que venga a misa diariamente, si le es posible. Al menos que se presente diariamente ante el Santísimo Sacramento, y ofrezca su corazón a Su Salvador Encarnado, presentándolo como una ofrenda razonable para que sea influido, cambiado y santificado bajo el ojo y por la gracia del Hijo Eterno. Que haga aquí y allá alguna corta oración o jaculatoria al Señor y Salvador, y también a Su Bendita Madre, la Inmaculada y Santísima Virgen María, y también a su Ángel custodio, o su Santo patrono. Que aquí y allá recoja su espíritu y se ponga en la presencia de Dios como si estuviera en el cielo; delante del Trono de Dios, e imagine que ve al Santísimo Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Estos son los medios por los cuales, con la ayuda de la gracia de Dios, será capaz a su tiempo de ablandar su corazón, no de inmediato sino gradualmente, no por su propio poder o sabiduría sino por la gracia de Dios que bendice su esfuerzo. Así es como han comenzado los Santos, por estas cosas pequeñas, y llegaron a ser Santos al fin. No fueron santos de una vez, sino poco a poco. Y así nosotros, que no somos santos, debemos proceder por el mismo camino, con humildad, paciencia, confianza en Dios, recordando que estamos en Su presencia, y agradeciéndole Sus misericordias.

Y ahora, hermanos míos, aunque he dicho un poco sobre un tema tan grande, he dicho suficiente, no suficiente para el tema, sino suficiente para vosotros, para que podáis sacar de ello una lección. Que la pongáis en el corazón, como estoy seguro que hacéis y deseáis, que podáis ser bendecidos por ello, y en esto como en todas las cosas, os bendiga Dios Todopoderoso, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén. ●—

Sermón IV

Predicado en la Catedral de St. Chad, Birmingham, el 5 de marzo de 1848

## Prejuicio y fe

Quincuagésima

**T**enemos en el evangelio de hoy lo que, supongo, ha hecho surgir el asombro de muchos lectores del Nuevo Testamento. Me refiero a la lentitud de los discípulos para captar la idea de que nuestro Señor tenía que sufrir en la cruz. Sólo se puede justificar por la circunstancia de que una opinión contraria se hubiese apoderado con fuerza de sus mentes, lo que llamamos un fuerte prejuicio contra la verdad, que en el caso de ellos era un prejuicio de mentes honestas y religiosas, pero aun así profundo y violento. Cuando nuestro Señor habló, san Pedro dijo: “Lejos de ti, Señor, de ningún modo te sucederá eso”. Habló tan fuertemente que el santo evangelista dice que “tomándole aparte se puso a reprenderle” (Mt 16, 22). Lo hizo sin reverencia ni amor, como muestra la ocasión, pero lo que dijo con calor y vehemencia es evidente por las palabras. Pensad entonces qué profundo debió ser su prejuicio.

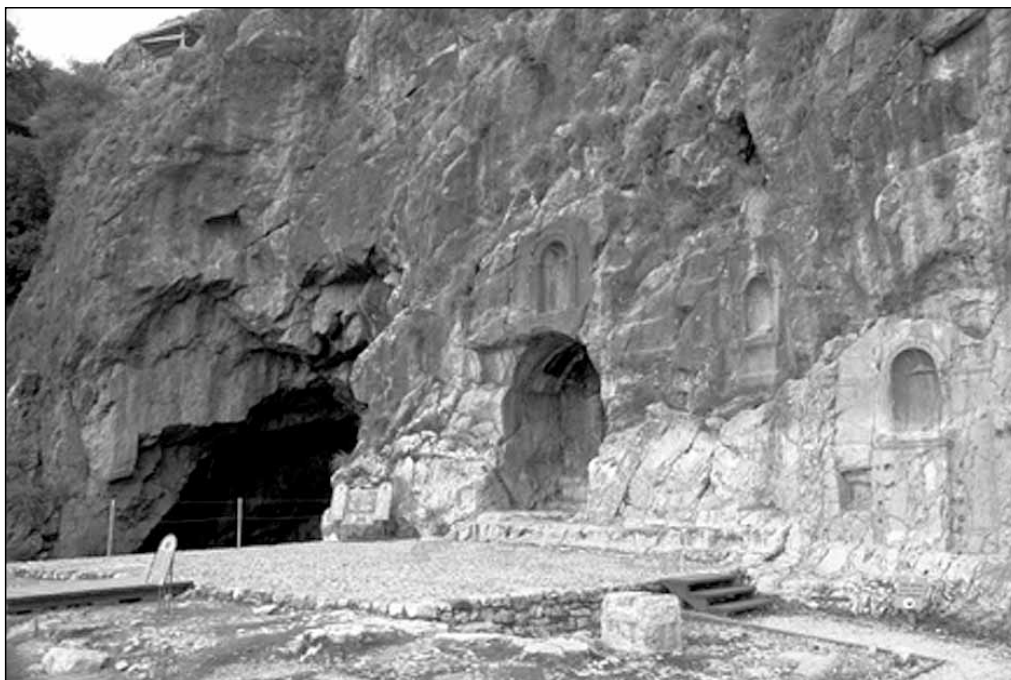
Este mismo prejuicio responde a lo que encontramos en el evangelio de hoy. Nuestro Señor les dijo: “Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron para el Hijo del hombre; pues será entregado a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; y después de azotarle le matarán, y al tercer día resucitará”. ¿Puede haber palabras más claras? Sin embargo, ¿qué efecto tuvieron en los discípulos? “Ellos nada de esto compren-

dieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendía lo que decía” (Lc 18, 31-34). ¿Por qué ocultas? Porque no tenían ojos para ver.

Y así nuevamente, después de la resurrección, cuando encontraron el sepulcro vacío, se nos dice que “hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos” (Jn 20,9). Cuando santa María Magdalena y las otras mujeres les contaron, “todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían” (Lc 24, 11). Por eso, cuando nuestro Señor se les apareció, “les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado” (Mc 16, 14).

Ciertamente, este es un estado de mente muy destacable, y el registro del mismo en los evangelios puede servir para explicar mucho de lo que sucede entre nosotros, ponernos en guardia contra nosotros mismos, y sugerirnos la pregunta: ¿estamos de algún modo en el mismo estado de imperfección que estos santos, pero en ese momento prejuiciosos, discípulos de nuestro Señor y Salvador?

Estará bien observar cuál era la causa de su ceguera: una falsa interpretación que le habían dado a las Escrituras del Antiguo Testamento, una interpretación que era común en aquel



Cesarea de Filipo,  
lugar del primer  
anuncio de la  
Pasión.

tiempo, y que habían recibido de los escribas y fariseos que se sentaban en la cátedra de Moisés y pretendían enseñarles la doctrina de Moisés. Era opinión de muchos en aquel tiempo que el Mesías prometido o Cristo, que iba a venir, sería un gran príncipe temporal, como Salomón, sólo que más grande, y que tendría una corte terrenal, riqueza terrenal, palacios terrenales, tierras, soldados y sirvientes, y la gloria de un reino temporal. Esta era la idea de ellos: esperaban un libertador, pero pensaban que vendría como Gedeón, David, o Judas Macabeo, con espada, lanza y trompeta, hiriendo y derramando sangre, y arrojando sus cautivos al calabozo.

Imaginaban que la Escritura enseñaba esta doctrina. En primer lugar, tomaban partes de la Escritura que satisfacían su imaginación, y luego sacaban del todo de sus mentes lo que fuera contrario. Es cierto que el profeta Isaías y otros profetas hablan de nuestro Señor que viene como un conquistador. Habla de Él como enrojecido por la sangre de Sus enemigos, golpeando con furia las cabezas de diversas naciones, gobernando reyes con cetro de hierro, y extendiendo Sus do-

minios hasta los confines de la tierra (cf. Is 63; 66). Es verdad también que la Escritura en otro lugar habla del Mesías de diferente modo, como rechazado por los hombres, leproso, marginado, perseguido, escupido, traspasado y asesinado (cf. Is 53). Pero estos pasajes los descartaban, y no les dejaban producir el legítimo efecto en sus corazones. Los escuchaban con el oído pero no con la cabeza, y era como si no hubiesen sido escritos. No se les ocurría que podían significar posiblemente lo que no obstante significaban de hecho. Entonces, cuando nuestro Señor les dijo que Él, el Cristo, tenía que ser flagelado y escupido, los tomó por sorpresa y clamaron: “Lejos de Ti, Señor, imposible que Tú, el Señor de la gloria, puedas ser abofeteado y magullado, herido y asesinado. De ningún modo te sucederá eso”.

Veis que el error de los Apóstoles, y su horror y rechazo de lo que sin embargo era la Verdad eterna y bendita del evangelio, brotó de un celo religioso por el honor de Dios, aunque era un celo falso. Estaría bien si un error similar de la gente de hoy tuviera una causa tan excelente y una excusa tan buena. Porque, ahora como en-

tonces, se encuentran quienes, con la Escritura en sus manos, en su memoria, y en sus labios, cometen grandes errores sobre su significado, porque tienen prejuicios contra el verdadero sentido de aquella.

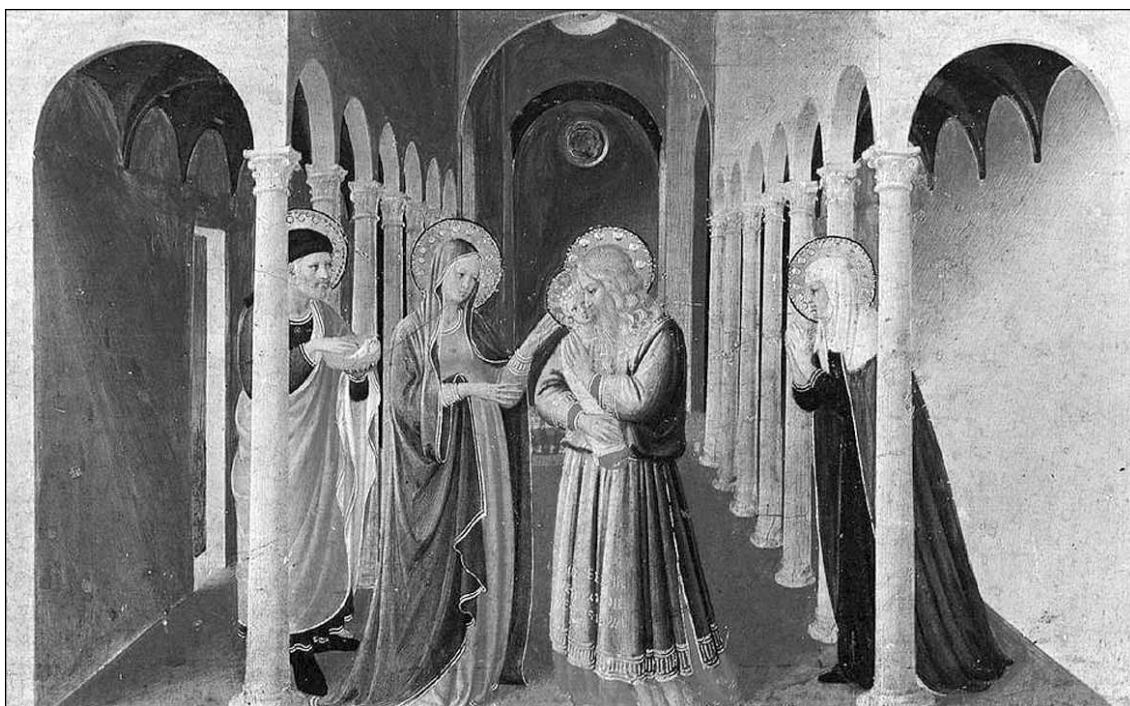
Dice el Apóstol: “Os hablo como a prudentes. Juzgad vosotros lo que digo” (Rom 10, 15). ¿No es así, queridos hermanos? Lejos de mí ser severo, ¿pero no es cierto que en este gran pueblo, educado e inteligente, hay multitudes, más aun, la gran mayoría, que le dan un falso sentido a la Escritura, y se oponen violentamente a la verdad a causa de esta falsa interpretación? La Iglesia de Cristo camina ahora en la tierra como lo hizo Cristo en sus días, y así como nuestro Señor dio cumplimiento a las Escrituras en lo que era y en lo hizo entonces, así la Iglesia da cumplimiento a las Escrituras en lo que ella es y en lo que ella hace ahora; así como Cristo fue prometido y profetizado en las Escrituras tal como Él fue después, del mismo modo la Iglesia fue prometida y profetizada tal como es ahora. Pero las gentes de hoy leen las Escrituras y piensan que las entienden, como los judíos entonces, que las leían y pensaban que las entendían, pero no era así. ¿Por qué? Porque, igual que los judíos, han sido mal enseñados, han recibido falsas tradiciones, como los judíos habían recibido las tradiciones de los fariseos, y están ciegos cuando piensan que ven, y tienen prejuicios contra la verdad, y se ofenden cuando se les dice.

Y así como los judíos pasaban por alto pasajes de la Escritura que deberían haberles señalado la verdad, ahora los cristianos pasan por alto pasajes que, si se profundizaran, deberían sacarlos de su error. Por ejemplo, los judíos pasaban por alto textos como: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, “Taladraron mis manos y mis pies” (Sal 22, 1. 16), “Despreciado y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias” (Is 53, 3), que hablan de Cristo. Y hoy hay quienes pasan por alto pasajes semejantes como los siguientes, que hablan de la Iglesia: “A quienes perdonéis los pecados, les

quedarán perdonados” (Jn 20, 23), “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18), “Que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor” (St 5, 14), “La Iglesia es columna y fundamento de la verdad” (1 Tim 3, 15), y otros similares. Están seguros de que la doctrina de una Santa Iglesia Católica no es verdadera, pasan por alto estos pasajes y no los piensan. No os dicen lo que significan, pero están seguros de que no significan lo que los católicos dicen que significan, porque el catolicismo no es verdadero. De hecho hay en sus mentes un profundo prejuicio, o lo que llama la Escritura ceguera. No pueden decir lo que estos pasajes y muchos otros significan, pero no les importa. Dicen que, después de todo, no son importantes, lo cual es precisamente una petición de principio, y cuando están urgidos y forzados a darles un significado, dicen cualquier cosa que les viene a la mente, para satisfacer o dejar perplejo al que pregunta, deseando nada más que deshacerse de lo que piensan es una cuestión molesta y ociosa.

Ahora bien, ¿no es extraño que personas que actúan así, pasando por alto cosas en la Escritura, siguiendo sus prejuicios y la mala enseñanza que han recibido sobre la Escritura, se jacten de ser bíblicos y actuar según la Escritura, haciendo uso de su juicio privado? No, ellos no juzgan ni examinan ni actúan según la Escritura, sino que toman de ella sólo lo que les conviene, y dejan el resto. No siguen su juicio privado sino su prejuicio privado y propio gusto.

Pero añadiré algo más. Las personas que actúan de este modo son de muy diferente personalidad, como eran diferentes unas de otras aquellas que se encontraron con nuestro Señor cuando vino a la tierra. Tanto los fariseos de corazón duro como los apóstoles de corazón sensible, fueron sorprendidos y conmovidos ante la pasión y muerte de Cristo. Y así ahora, dos tipos de personas se ofenden ante la Santa Iglesia, algunos no tienen esperanza, otros sí. Los hechos lo muestran. No podemos decidir quiénes son unos y otros si no es por los hechos, pero así es,



Jesús en brazos del anciano Simeón, Fra Angélico, siglo XV.

algunos se alejan más y más de la Iglesia cuanto más escuchan y ven de ella, y otros a medida que pasa el tiempo se acercan y se someten a ella.

Siendo este el caso, ¿cómo debemos comportarnos los católicos ante tales personas prejuiciosas y erradas? Debemos imitar a nuestro Señor y Maestro. Él fue muy paciente con ellos, y sufrió largamente. “La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante” (Mt 12, 20). Él no les discutió sino que los guió silenciosamente. Les mostró Sus maravillas. Los influenció con Sus palabras y con Su gracia, y luego los iluminó, hasta que creyeron todas las cosas. Hasta ese apóstol que dudó tenazmente de Su resurrección, clamó vencido “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28). Así debemos hacer nosotros ahora, así hace la Iglesia ahora. La argumentación está bien en su lugar, pero no es lo principal. Lo principal es ganar la mente, ablandar el corazón, influenciar la voluntad. Esto hace la Iglesia. Siguiendo el modelo de su Divino Señor, nos atrae con cuerdas humanas, con cuerdas de amor, con divina caridad; “todo

lo espera, todo lo soporta” (1 Cor 13, 7), abre las puertas de su templo, ilumina sus altares, muestra al Santísimo bajo el velo sacramental, vence y subyuga, dice con el patriarca Jacob: “Ahora ya puedo morir, después de haber visto tu rostro” (Gen 46, 30); *Nunc Dimittis*, ahora puedes dejar, Señor, que tu siervo se vaya en paz, porque mis ojos han contemplado Tu salvación” (Lc 2, 29)<sup>4</sup>. Y así como nuestro Señor, después de Su resurrección, abrió el entendimiento de los discípulos para que comprendieran la Escritura (Lc 24, 13ss), así ahora son ablandados e iluminados los corazones de los hombres, y ven que en la Iglesia se cumplen todas las profecías sobre ella misma, todo lo que está escrito en la Ley, los Profetas y los Salmos, y entonces se postran y rinden culto, y confiesan que Dios está aquí en verdad.

4 *Nunc Dimittis*, son en latín las primeras palabras de este cántico que eleva el anciano Simeón al ver al niño Jesús en brazos de María entrando al Templo de Jerusalén, y que es el himno de la Liturgia de las Horas para la oración nocturna llamada Completas, con la que se cierra el día.

Benditos aquellos que así se postran y rinden culto. Benditos aquellos a quienes la gracia de Dios los guía para abrazar la verdad. Benditos quienes someten sus mentes a la amable influencia del Espíritu Santo, y no paran hasta que Él les lleva a puerto. Pero, hermanos míos, lo que he estado diciendo no se aplica exclusivamente a este u otro grupo de hombres, sino que nos pertenece a todos nosotros. Pues todos nosotros, no solamente este hombre o aquel otro, todos nosotros, católicos o no, somos llevados adelante por Dios de un modo maravilloso, por un camino de maravillas, un camino magnífico, extraño, asombroso, para nuestros sentimientos y gustos naturales, cualquiera pueda ser nuestro lugar en la Iglesia. Como la fe es la gracia fundamental que Dios nos da, la prueba de fe es la disciplina necesaria que Él pone sobre nosotros. No podemos tener fe sin un ejercicio de la fe.

Esto está implícito en el mismo pasaje que ha dado ocasión para las observaciones que he estado haciendo. ¿Qué hizo Él cuando los discípulos retrocedieron ante Sus palabras acerca de Su propia pasión y muerte? Encontró un hombre ciego, lo tocó y le dio la vista. ¿Por qué le hizo este favor especial? Expresamente no los dice: “Tú fe te ha salvado” (Mt 9, 22). Aquí había una tácita reprimenda a la lentitud en creer de Sus propios discípulos y amigos: todo es posible para aquél que cree. Este pobre proscrito es una lección para vosotros, Mi propio pueblo. Él os avergüenza. Ha tenido fe en Mí, mientras vosotros tropezáis ante Mi palabra, y cuando digo una cosa respondéis “Lejos de Ti Señor que esto suceda”.

La liturgia de este día nos da otro ejemplo de la misma gran lección. La Iglesia lee hoy el llamado a Abraham, y medita sobre su gran acto de obediencia al levantar su cuchillo para inmolar a su hijo. Abraham, nuestro padre, es nuestro gran modelo de fe, y su fe fue probada, primero a ser llamado a dejar su país y parientes, y luego al pedírsele que sacrificara a su amado Isaac. La primera fue prueba suficiente, pero piedra de

tropiezo habría sido para una fe menor que la suya. Si los discípulos fueron conmovidos de que el divino Antitipo debiera ser matado<sup>5</sup>, también Abraham tuvo causa de ofensa de que su propio Issac fuera muerto y sacrificado por él, por su mano, ¡por la mano de su padre! Sin embargo fue a cumplir este mandato, tan grave, silenciosa y tranquilamente, como si fuera una mera acción ordinaria. Así mostró su fe y ganó la bendición.

Estad seguros, hermanos míos, que este debe ser vuestro camino también. Nunca da Dios la fe sin probarla, y nadie sin fe puede entrar al Reino de los cielos. Por eso todos lo que os acercáis a servir a Dios, todos los que deseáis salvar vuestras almas, comenzad por daros cuenta de que no podéis hacerlo sin una fe generosa, de una generosa entrega, sin poneros en las manos de Dios, sin regatear con Él, sin poner condiciones, sino diciendo: “Oh Señor aquí estoy. Seré lo que Tú me pidas. Iré donde Tú me envíes. Cargaré con lo que Tú pongas sobre mí, no con mi poder o mi fuerza propia. Mi fuerza es debilidad, y si confío en mí, mucho o poco, fracasaré. Pero confío en Ti. Confío y sé que Tú me ayudarás a realizar lo que me has llamado a hacer. Confío y sé que Tú nunca me dejarás ni abandonarás. Que nunca me llevarás a alguna prueba que no me hagas pasar. Que nunca habrá un fracaso de Tu parte, nunca una falta de gracia. Tendré todo y abundantemente. Seré probado: mi razón será probada, pues tendrá que creer; mis afectos serán probados, pues tendré que obedecerte en vez de agradarme a mí mismo; mi carne será probada, pues tendré que someterla. Pero Tú eres más para mí que todas las otras cosas juntas. Tú puedes compensarme de todo lo que tomas de mí y lo harás, pues Tú me darás a Ti mismo. Tú me guiarás”.●—

5 Isaac fue “tipo” de Cristo, es decir, figura y anticipo, y Cristo es “antitipo” de Isaac. Son formas exegéticas de los Padres de la Iglesia para expresar esta relación entre Cristo y los personajes del Antiguo Testamento



# UN SERMÓN SOBRE UN LAICO SANTO

James Robert Hope Scott (1812-1873) fue un gran amigo de Newman. Era *esquire*, título de la aristocracia inglesa, otorgado por la corona, por debajo del de "caballero" (*knight*). Traducido podría ser "don", "señor", pero no tiene el mismo significado de dignidad que en inglés. Era también "*Queen's Counsel*", consejero de la Reina. Hope era nieto del segundo conde de Hopetoun, estudió en Eton College y Christ Church de Oxford, y en 1833 fue elegido *fellow* del Merton College de Oxford. Adoptó las ideas del Movimiento de Oxford que Newman lideraba. Fue el principal asesor legal del Movimiento. Era abogado y estudió con interés las leyes canónicas medievales. Fue amigo íntimo de Newman desde 1837. Después del rechazo al Tract 90 escrito por Newman, comenzó a dudar del anglicanismo. En 1847 se casó con Charlotte Lockhart, nieta del escritor escocés sir Walter Scott, que heredó el castillo de su abuelo en Abbotsford, donde Newman mismo fue varias veces de vacaciones. Hizo una fortuna como abogado parlamentario y fue muy generoso en sus obras de caridad. Se convirtió al catolicismo en 1851. Fue consejero legal de Newman y también en otros asuntos, por ejemplo, alentándolo para que aceptara ser fundador y rector de la Universidad Católica de Irlanda, cargo para el



**Informamos a nuestros Amigos de Newman que  
la página web ha sido mejorada y actualizada.**

**Los esperamos en**

**[www.amigosdenewman.com.ar](http://www.amigosdenewman.com.ar)**

que él mismo intercedió recomendándolo. Fue un laico ejemplar, que Newman describe en su misa de exequias, en la iglesia de los Padres Jesuitas, vinculada a la vida católica de Hope, y que aún se levanta en Farm Street, Londres. En sus cartas Newman comenta la profunda conmoción que tuvo al predicar este sermón en memoria de su gran amigo.

*Sermons Preached on Various Occasions, XIV, pp.263-280.*

*Predicado en la iglesia de los Padres Jesuitas, Londres.*

*En el funeral de James R. Hope Scott, Esq., Q.C.*

*Predicado el 5 de mayo de 1873*

## *En el mundo pero no del mundo*<sup>6</sup>

*Mundus transit et concupiscentia ejus:*

*qui autem facit voluntatem Dei, manet in aeternum.*

*El mundo, con su concupiscencia, pasa,*

*pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (1 Jn 2,17)*

**M**e han pedido, aquellos cuyo deseo en este momento es una orden, que diga unas pocas palabras sobre el tema de la solemnidad dolorosa, gozosa, que nos ha reunido esta mañana. Unas pocas palabras son todo lo necesario, todo lo que es posible, las suficientes para unir los separados pensamientos, memorias y emociones, que se despiertan por la presencia en medio nuestro de lo que queda en la tierra de ese amigo querido, de esa gran alma, que hemos perdido; suficientes para establecer una comunicación y crear una simpatía entre espíritus, y ser una suerte de testimonio de uno a otro en nombre de los sentimientos que cada uno de nosotros tiene en común con todos.

¿Pero cómo voy a ser la persona apropiada para tanto como esto? No puedo hacer más que tocar algunos de esos muchos aspectos que sugiere el pensar en él, y sea lo que sea que conozca de él, y que diga de él, ¿cómo puede ser tomado como medida de alguien cuyo espíritu tuvo tantos aspectos, y que por ello debe haber producido tantas impresiones distintas, y ejercido tan variados clamores, en los corazones de quienes estuvieron cerca suyo?

Es claro, sin que lo diga, que existen aquellos que lo han conocido mucho mejor que yo. ¿Cómo puedo ser el intérprete del conocimiento y sentimientos de ellos? ¿Cómo puedo esperar que unas palabras mías sirvan a quien conocieron tan bien las profundidades de su rara excelencia, por un continuo trato diario con él, y por las recurrentes oportunidades especiales que tuvieron de verla manifestada?

<sup>6</sup> Nota de Newman: El presente sermón, lo sé bien, es bastante indigno del tema; más aún, cuando se lea, me temo que quedará corto para las expectativas, tanto de aquellos que lo escucharon como de los que han escuchado hablar de él. Las palabras dichas por los que lloran a los que lloran, cuando los corazones están abiertos y la sensibilidad despierta, tienen una vida que parte de su misma pronunciación, y al ser escritas y leídas no son sino memoriales de su propia insipidez e impotencia. Sin embargo, aquellos que tan amorosamente me pidieron hablar, me piden ahora que ponga en el papel lo que dije. Tienen el mejor derecho a decidir en este asunto, y para complacer sus deseos, al menos tengo el triste placer de recordar la larga amistad, que fue mi gozo y orgullo, con alguien que fue amado y es llorado por muchos.

Sólo sé lo que fue para mí. Sólo sé lo que su pérdida es para mí. Sólo sé que es uno de aquellos cuya partida, desde ahora, ha hecho que los cielos se oscurezcan para mí. Pero nunca viví con él ni viajé con él; le he visto de tanto en tanto; le he visitado; he tenido correspondencia con él; he tenido mutua confianza con él. Nuestra línea de trabajo ha estado en direcciones muy distintas. Le he conocido como un amigo conoce a su amigo en el tumulto y en los apuros de la vida. Le he conocido suficiente para saber cuánto más había por conocer de él, y para mirar hacia el futuro, ¡oh, en vano!, a un tiempo cuando pudiese conocerle más, en la tarde y hacia el cierre de la vida. Le he conocido lo suficiente como para amarlo mucho, y para apenarme mucho de que ya no lo veré nuevamente. Pero entonces pienso que si yo, que no lo conocí como debería haberlo conocido, y sufro así, ¿cuál ha de ser el sufrimiento de quien lo conoció muy bien?

1. Supongo que lo conocí en 1837 o 1838, hace treinta cinco o treinta seis años, pocos años antes de que fuera *fellow* del Merton College. Expresó el deseo de conocerme. Cómo creció nuestra amistad no lo puedo contar, pero debió ser rápidamente, a juzgar por el recuerdo que tengo de las cartas mutuas, y hacia 1841 recurrí a él como una suerte de consejero natural cuando estaba en dificultades. Desde ese tiempo siempre he recurrido a él cuando necesité consejo, hasta su última enfermedad. La primera vez no tenía aún treinta años. Yo era basta mayor que él, pero tenía eso que, aún en un hombre joven, inspira e invita a la confianza. Era difícil resistir su misma presencia. Ciertamente, puedo imaginar que aquellos que le veían una sola vez y a distancia, estuvieran sorprendidos y perplejos por esa noble meticulosidad y agudo talento que le eran naturales, pero tal malentendido desaparecía cuando le tenían cerca, y hacían un juicio verdadero; especialmente, como he dicho, cuando tenían que consultarlo y experimentaban la simplicidad, seriedad y (no puedo usar otra palabra) la dulzura de sus modales, cuando se introducía de inmediato en las ideas y sentimientos

de ellos, escuchándoles pacientemente, y expresando el juicio claro que se había formado sobre el asunto que le habían presentado.

Este es el primer y amplio parecer que tengo de él. Fue, enfáticamente, un amigo en la necesidad. Y esta misma consideración y simpatía con los que encontraba a quienes le pedían el beneficio de su opinión en asuntos de importancia era, creo, su característica en muchos otros modos de trato con aquellos con quienes establecía relaciones varias. Estaba siempre pronto, era claro, decidido y desinteresado. Entraba en los propósitos de los demás, aunque fueran distintos de los propios; ponía interés de sus objetivos; se adaptaba a sus disposiciones y gustos; tenía un fuerte y calmo buen sentido para soportar el presente o el futuro de ellos; les ayudaba y promovía sus acciones con su cooperación. Así arrastró hombres en torno a sí, y cuando se agitaba alguna cuestión o empresa grave, y había, como se acostumbra, una reunión de los interesados, al hacer su aparición entre ellos todos le daban el lugar principal, como si lo hubiese reclamado como un derecho; y a él, por su parte, se le veía aceptar elegantemente y sin esfuerzo lo que se le había concedido, y ocuparse del asunto que se consideraba, arrojar luz sobre el mismo, y ubicarlo señalando lo que era de primera importancia, a lo que se debía apuntar, y los pasos para lograrlo. Me han dicho que, de igual modo, cuando residía en su propiedad en Francia, sus vecinos le hicieron centro de consejo y dirección, inclinándose ante él y confiándole sus propios intereses como si fuera uno de ellos. Era su altruismo tanto como su buen sentido práctico que les ganaba.

Semejante hombre, cuando siendo joven ardoroso y con las ventajas de su nacimiento y posición, entró al mundo público, tal como se manifestaba en su más noble y espléndido escenario de Westminster, se podría haber esperado que tuviera un gran papel y se elevara a lo más eminente en la profesión que había elegido. No ciertamente, pues el refinamiento de espíritu, que era uno

de sus rasgos más observables, es fatal en ciertos casos para el éxito de un hombre en la vida pública. Existen aquellos que no pueden mezclarse libremente con sus compañeros, especialmente no con los que están por debajo de su propio nivel cultural. Son demasiado sensibles para una lucha con los rivales, y se encogen ante los riesgos que involucra. O tienen timidez, o reserva, u orgullo, o inseguridad, que les impide ser pródigos con sus poderes en una compañía variada, y es un obstáculo para hacer lo mejor, si lo intentan. Por eso su exhibición pública queda corta respecto de lo que promete en privado. Ahora bien, si hubo un hombre que fue la luz y el encanto de sus íntimos, fue aquel de quien estoy hablando, y amó tan tiernamente como fue amado, tanto que parecía hecho más bien para la vida doméstica.

Repito, que hay varios aspectos de su profesión en los cuales los talentos particulares que le he asignado deberían haber jugado a pleno, y haberle llevado hacia niveles de autoridad e influencia, sin ninguna necesidad u oportunidad de aquellas cualidades más brillantes que consiguen la admiración popular y la alta distinción. Fue por el despliegue de talentos de un orden distinto, por la claridad de mente, la agudeza, y el juicio, que pasó adelante enseguida, como abogado, a ese reconocimiento general de sus poderes que fue la respuesta de bienvenida al primer gran discurso, que dio en una causa seria ante una augusta asamblea. Pienso que tengo derecho a decir que fue en nombre de los Capítulos Anglicanos, amenazados por el espíritu reformador del momento, que se dirigió ante la Cámara de los Lores; y la ocasión no sólo pedía que pusiera en ejercicio los talentos a los que me he referido, sino aquellos que son más directamente oratorios. Y estos no faltaron. Nunca le escuché disertar, pero creo que tenía, además de esa prontitud y fluidez de lenguaje, o elocuencia, sin las cuales no hay oratoria, esos dones más altos que dan a la oratoria su poder y su persuasión. Puedo entender muy bien lo que fueron en esa ocasión, por lo que conocí de él en privado. Su porte, sus mo-

dales, la expresión de su rostro, su juventud, no quiero decir su edad joven sino su juventud espiritual que nunca perdió hasta el fin, su gozosa energía, sus razonamientos geniales, tan prontos pero con el tacto de disponerlos según su propósito, la luz que daba en la oscuridad y el interés con el que revestía asuntos sombríos, su humor, su ingenio pronto en las emergencias; dones tales como estos, tan raros, pero tan populares, eran necesarios para su éxito, y los tuvo al mando. En esa ocasión a la que me he referido, era conversación común en Oxford cómo el más distinguido abogado del momento, literato y crítico, al escuchar el discurso en cuestión dio su rápido veredicto con estas palabras: “La fortuna de ese joven está hecha”. Y ciertamente quedó claro para los que estaban en posición de predecir el futuro, que no había premio de la vida pública al que ese joven no pudiera haber aspirado, si solamente hubiese tenido el deseo.

2. Esto es, pues, lo que se me ocurre decir en primer lugar en relación al querido amigo que estamos ahora despidiendo. Como lo he descripto, tales eran las perspectivas que se abrían ante él al comienzo de su vida. Pero ahora, en segundo lugar, por vía de contraste, ¿qué fue de ellas? A medida que el tiempo continuó, podría haber alargar su mano y tomar lo que hubiese querido en honores y recompensas del mundo. Sea en el Parlamento, o en las leyes, o en las ramas del gobierno, tenía derecho a considerar que ningún puesto o poder estaba en absoluto más allá de su alcance. Sus contemporáneos y amigos, que ocupan, o han ocupado, los más altos oficios en el Estado, son, en el esplendor de sus respectivas carreras, el ejemplo de las capacidades de él y de lo que prometía. Pero, por extraño que parezca a primera vista, su indiferencia a los premios de la vida era tan marcada como sus calificaciones para alzarse con ellos. Estaba singularmente vacío de ambición. Tener éxito en la vida es casi una pasión universal. Si no se manifiesta en la elevada forma de ambición, es porque muchos hombres tienen algún ánimo en sí mismos o en sus circunstancias para permitirse



sueños de grandeza. Pero que un hombre joven de mente audaz, grande, emprendedora, de talentos populares, de poder consciente, con éxitos iniciales, con grandes oportunidades, que tenga consigo la buena voluntad y la expectativa de los espectadores, y que sea animado por ellos con el aplauso de un gran futuro, que un hombre así estuviese muerto a sus propios intereses manifestos, que no estuviera a la altura de la ocasión, que falseara su destino, que su ética natural estuviese tan poco de acuerdo con sus dones, podría fácilmente ser descripto no sólo como extraño sino como un defecto real o incluso una falta. ¿Para qué se dan los talentos, podría preguntarse, sino para usarlos? ¿Qué son los grandes dones sino correlativos a las grandes obras? No nacemos para nosotros mismos, sino para nuestra especie, para nuestros vecinos, para nuestro país: es egoísmo, indolencia, meticulosidad perversa, afeminamiento, y no virtud o elogio, sepultar nuestro talento en una servilleta, y retornarlo al Dador Todopoderoso tal como lo recibimos.

Esto es lo que puede decirse y es apenas algo más que una perogrullada, pues indudablemente ¿quién lo negará? Ciertamente debemos mucho a aquellos que dedican a la vida pública, sea en el

servicio directo del Estado o en grandes tareas nacionales o sociales. Ellos viven días laboriosos de los cuales nosotros recibimos el beneficio; sin embargo, admitiendo esto plenamente, existen son todo otros modos de ser útil a nuestra generación. Se debe recordar que en la vida pública un hombre de mente elevada no hace que su propio yo afecte a otros simple y enteramente. Está obligado a moverse en un surco. Debe actuar con otros hombres; no puede seleccionar sus objetivos o dedicarse a ellos por medios que no estén adulterados por los métodos y prácticas de mentes menos elevadas que la suya. Sólo puede hacer lo que siente como lo segundo mejor. Procede sobre la condición de compromiso, y trabaja a riesgo, llevando adelante medidas tan grandes o complicadas que su último resultado es incierto.

Por supuesto, no puedo aquí omitir el aspecto religioso de esta cuestión. Como cristianos no podemos olvidar cómo habla la Escritura del mundo, y de todo lo que tiene que ver con él. La sociedad humana, por cierto, es una ordenanza de Dios, a la cual le da Su sanción y Su autoridad, pero desde el principio un enemigo ha estado ocupado en depravarla. De aquí que, mientras en su sustancia es divina, en sus cir-

cunstancias, tendencias y resultados tiene mucho de malo. Nunca los hombres se han juntado en número considerable sin que la pasión, la propia voluntad, el orgullo y la increencia, que pueden estar más o menos inactivas en cada uno, ardan como una llama que llegue a ser lo que constituye su unión. Aun cuando la fe existe en la gente en general, y los hombres religiosos se unen en pos de propósitos religiosos, cuando forman un cuerpo evidencias al poco tiempo la innata debilidad de la naturaleza humana, y en sus espíritus y conductas, en sus declaraciones y procedimientos, están en grave contraste con la sencillez y franqueza cristianas. Es lo que los escritores sagrados quieren decir con “el mundo”, y la razón por la que nos previenen contra el mismo; y la descripción que hacen de él se aplica en su medida a todas las agrupaciones y partidos humanos, elevados o bajos, nacionales y profesionales, laicales y eclesiásticos.

Es duro, entonces, que hombres de gran talento y oportunidades especiales deban dedicarse a una vida ambiciosa, lo hagan o no, con el riesgo de ser acusados de amar su propia comodidad, cuando su renuencia a hacerlo así puede brotar posiblemente de un refinamiento no mundano de carácter moral. Seguramente, pueden preferir caminos más directos de servir a Dios y a los hombres, pueden aspirar a realizar el bien de un modo más específicamente religioso, en trabajos seguros y ciertamente más allá de todo error meritorio, en oficios de bondad, benevolencia y atención personal y particular, en obras de amor y esfuerzo abnegado, en las cuales su mano izquierda no sabe lo que hace la derecha. En cuanto a nuestro querido amigo, he hablado ya de la influencia que ejerció en todos los que le rodeaban, amigos o extraños con los que estaba en contacto de algún modo. Aquí estuvo el gran campo para su bondad activa, en el que se esforzó sin negligencia. Dio a los demás sin escatimar pensamientos, tiempo, y problemas. Fue su sostén y permanencia. Cuando le vino la riqueza fue libre en usarla. Fue uno de esos hombres ra-

ros que no dan meramente el diezmo de sus ganancias a Dios. Fue una fuente de generosidad siempre surgente. La derramó en todas partes: en ofrendas religiosas, en presentes, en donaciones, en trabajo en sus campos, en el cuidado de su gente, en limosnas. Se me ha dicho acerca del cuidado extraordinario que tuvo de familias en apuros, de su ayuda en educarlas y ubicarlas en el mundo, de sus actos de bondad para con los conversos pobres, las mujeres solteras, y los sacerdotes enfermos; y puedo entender bien la solicitud y delicadeza perseverante con la que llevaba hasta el fin esa benevolencia con ellos, por lo que yo mismo he visto en él. Tenía una verdadera memoria retentiva de sus problemas y necesidades.

Era su largueza de espíritu que le hacía tener un corazón abierto. Así como todos sus planes fueron a gran escala, así fueron sus caridades privadas. Y cuando un objetivo era público y requería el sostén de muchos, entonces era el primero en hacer una contribución munificente. Construyó una iglesia en su propiedad de Loch Shiel, y otra en Galashiels, que había deseado fuera el centro de un grupo de más pequeñas a su alrededor, y tuvo éxito en establecer una de estas en Selkirk. No se limitó a hacer donativos de dinero: es a menudo más difícil entregar lo que hemos hecho nuestro personalmente, que lo que nunca ha llegado verdaderamente a ser nuestra posesión concreta. Compró libros con liberalidad, de teología, historia y literatura general, pero su amor por dar era mayor que su amor por coleccionar. No los podía guardar, los daba otra vez; puede decirse que dio bibliotecas enteras. Tenemos pocos medios para determinar los límites de su generosidad. He escuchado de sumas tan sorprendentes en donaciones u ofrendas para grandes fines, que me da miedo nombrarlas. Sólo conoce la plena medida de su munificencia quien la inspiró y la premiará. No creo que él mismo la conociera. Estoy llevado a pensar que no llevó la cuenta estricta de lo que dio. Se con certeza de un caso en el cual dio a un amigo muchos cientos

de libras, pero pareció haberlo olvidado, pues se vio obligado a preguntarle cuándo había hecho eso.

Debería confiar que, en lo que estoy diciendo, no he dado a nadie la impresión de que él fuese inconsiderado y falto de discernimiento al dar. Haberlo hecho hubiese sido contradecir mi experiencia sobre él y mi intención. En la medida en que creció la oportunidad de observarle, cuanto más eran sus bondades y caridades, tanto más señalada era el cuidado consciente con que se informaba sobre la naturaleza y circunstancias de los casos para los que se solicitaba su ayuda. Sentía que era el administrador de Aquél que le había dado lo que él regalaba.

Obsequió como el administrador de Alguien a quien él debía rendir cuentas. Existen hoy muchos filántropos y hombres benevolentes que piensan sólo en los hombres, no en Dios, en sus actos de liberalidad. He dicho ya suficiente para mostrar que él no era uno de estos. He dado a entender la presencia en él de ese sentido religioso, de religiosidad, que era de hecho su verdadera vida íntima. Y por cierto, liberalidad como la suya, tan incesante y minuciosa, tan bien ordenada, y dirigida también a fines religiosos, evidencia casi por sí misma su origen sobrenatural. Pero insisto en este punto, no sólo en sí, sino porque pertenece a esa ausencia de ambición, que en un hombre tan enérgico, tan influyente, indica una personalidad notable. Semejante apatía, por llamarla así, podría ser, no un egoísmo epicúreo, pero sí un temperamento natural de espíritu magnánimo, como se podría encontrar en la antigua Grecia o Roma, así como en los tiempos modernos. Pero en él era de verdad mucho más que un don de la naturaleza: era un fruto y una señal de esa sensibilidad religiosa que le había sido otorgada desde lo alto. Si fue realmente un hecho que su mente y corazón estaban fijos en las cosas divinas, esto da cuenta de inmediato de lo que era tan extraño y paradójico en él al juzgar el mundo, de su disgusto por los honores y los espectáculos de la tierra; y

ciertamente estaban fijos en lo invisible y eterno. Fue una lección para todos los testigos de ello, en contraste con la apariencia externa de un hombre tan perspicaz y dueño de sí en medio del calor y del polvo del mundo, ver brillar su real secreto interior de tiempo en tiempo debajo de la vestimenta del trabajo diario en la cual le envolvían sus ocupaciones seculares.

No puedo hacer justicia con mis palabras a la impresión que me hizo en este sentido. Tenía una conciencia delicada, pero quiero decir algo más que eso: me refiero a la emoción de corazón siempre viva y despierta ante el pensamiento de Dios. Cuando una cuestión religiosa aparecía de repente en la conversación, ya no tenía más el modo y la voz de un hombre del mundo. Había una sencillez, seriedad y gravedad, en su aspecto y en sus palabras, que uno no puede olvidar. Me pareció que hablaba de un deseo amoroso de complacer a Dios, de una preferencia firme de servirlo por encima de cualquier servicio del hombre, una resolución de acercarse a Él por los caminos que Él había señalado. No se daba por sentado que seguir la mejor opinión propia era obedecer Su voluntad, ni había una fácil persuasión de que una vaga y oscura sinceridad en nuestras conclusiones sobre Él y nuestro culto a Él fuese todo lo que se requería de nosotros, sea que aquellas conclusiones pertenecieran a esta o a otra escuela de doctrina. Es decir, que él tenía en él profundamente ese don del que hablan San Pablo y San Juan, cuando se explayan sobre las características de la fe. Era el don de la fe, y de una fe viva y amante, la fe “que ha vencido al mundo” por buscar “una patria mejor, es decir, la celestial” (1 Jn 5,4; Heb 11,14-16). Esto era lo que le preservaba de “contaminarse del mundo” (Sant 1, 27) en medio de las ocupaciones y objetivos mundanos.

No es sorprendente que un hombre de esta mentalidad haya sido llevado gradualmente a la Iglesia Católica. Juzgando el hecho, con gratitud reconocemos en él un alma elegida, para quien los designios del Amor Omnipotente han



preparado un lugar en el cielo por toda la eternidad, y cuyo nombre está grabado en la palma de aquellas Manos que fueron traspasadas misericordiosamente para nuestra salvación. Tales pensamientos de Dios como los suyos, impacientes y reverentes, anteriores a su reconocimiento de la Madre de los Santos, son ciertamente las primeras señales de una predestinación que acaba en el cielo. Ese buen sentido, franco y claro, que mostró en los asuntos seculares no le falló en la búsqueda religiosa. Están aquellos que son prácticos y sensibles en todas las cosas menos en la religión, pero él fue coherente, y se volvió de los caminos apartados y sendas cruzadas en los que la búsqueda podría desviarse, teniendo una visión amplia e inteligible de sus resultados. Y después de haber sido traído al redil, no pienso que pueda exagerar al señalar la solicitud que mostró siempre, la razonable y prudente solicitud para conformarse en todas las cosas con los enunciados y decisiones de la Santa Iglesia, ni tampoco la indudable convicción que tuvo de su autoridad sobrehumana, el consuelo que encontró en sus sacramentos, y la satisfacción y confianza con la que acudió a la intercesión de la Santísima Virgen, al glorioso San Miguel, a Santa Margarita<sup>7</sup>, y a todos los Santos.

3. Señalaré una cosa más. He hablado primero de sus grandes dones naturales, de sus varias ventajas al comenzar la vida, y de sus proyectos seculares. Luego, en contraste con esta primera visión, he insistido en su singular libertad ante la ambición, y la he rastreado hasta esa religiosidad de espíritu que fue tan especialmente suya, ese sentido íntimo de la vanidad de toda distinción secular, y esa devoción suprema de sólo Aquél que es “Fiel y Veraz” (Ap 19,11). Y ahora que me dirijo al tercer rasgo de su vida, tal como se me presenta a mí, me encuentro cerca de un asunto sagrado que no puedo siquiera tocar sin gran reverencia y algo de temor.

Podríamos pensar que a un hombre ya separado en espíritu del mundo en el que vive y actúa, inquebrantable, su Señor y Salvador le hubiera concedido seguir adelante en su camino libremente, sin ninguna prueba inusual, tal como es necesario en el caso de hombres comunes para su perseverancia y en la senda angosta de la vida. Pero a aquellos por quienes Dios tiene un amor más que ordinario, los vigila con un celo no ordinario, y si el mundo les sonríe Él les manda cruces y penas tanto más. No se contenta con que puedan ser Suyos por algún título común, y porque son tan queridos y cercanos a Él, les provee aflicciones para traerlos más cerca aún. Espero no sea presuntuoso entonces hablar de las inescrutables providencias de Dios. Sé de Su propio trato, sabio y especial, con cada uno de nosotros, y que lo que determina para uno no rige para otro. Estoy contemplando e interpretando Sus caminos y propósitos amorosos solamente hacia el hombre que tenemos ante nosotros.

Ahora bien, hubo sólo un aspecto de este mundo inferior que podría amar inocentemente, solamente uno en el cual la vida tuvo encanto para un corazón tan afectuoso como religioso. Me refiero a ese conjunto de cosas que están incluidas en esa querida realidad que llamamos Hogar. Si hubo descanso y solaz en la tierra, él lo encontró allí. ¿No es notable, entonces, que en este, su único santuario terrenal, Aquél que le amó con un amor tan infinito le haya afligido, no una o dos veces sino una y otra vez, con una dura vara de castigo? Golpe tras golpe, y puñalada tras puñalada, fueron descargados contra su mismo corazón. “Grandes y maravillosas son tus obras, Oh Señor, Dios Todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, oh Rey de las naciones. ¿Quién no te temerá, Señor, y no glorificará tu Nombre?, pues sólo Tú eres santo” (Ap 15, 3-4) Puedo hablar con mayor conocimiento vivido en esto que en otras cosas, porque fue uno de los confidentes de sus sufrimientos extremos por las penas terribles que se sucedieron, y dejaron heridas nunca curadas. Terminaron sólo con

7 Santa Margarita, Reina de Escocia.

su muerte, pues la queja que eventualmente le dominó apareció en su aflicción final. Más aún, no debo considerar incluso esa gran aflicción como la última: su llamado a irse de aquí fue en sí mismo la agonía final de ese corazón sensible y amante. El que había quedado desolado por otros en tiempos pasados, dejaba desolados a otros ahora. Tenía que ser arrancado, como si fuera antes de tiempo, de la presencia de aquellos que, humanamente hablando, le necesitaban muchísimo. Fue llamado a entregarlos en la fe a Aquel que se los había dado. Cerca de dos antes de morir, con este gran sacrificio, como podemos suponer, ante el llamado solemne de su Señor Supremo, dijo con voz fuerte: “Hágase Tu voluntad”, agregando su oración favorita, bien conocida por todos nosotros: “Fiat, laudetur, atque in aeternum superexaltetur, sanctissima, altissima, amabilissima voluntas Dei in ómnibus”.<sup>8</sup> Fueron casi sus últimas palabras.

Nosotros también debemos decir, después de él, “Hágase Tu voluntad”. Estemos seguros que aquellos que Dios ama los lleva, a cada uno, uno por uno, en el mejor tiempo para su eterno provecho. ¿Qué podemos desear, con sobrio fervor, sino la misma voluntad de Dios? ¿No es Él más sabio y no tiene más amor que nosotros? ¿Podemos desear que vuelvan los que hemos perdido? ¿Quién de nosotros que le ame más no sentiría la crueldad de hacer volver a esta vida tumultuosa, con sus peligros espirituales y su oscuro futuro, a un alma que ya está gozando en el final de su prueba de la seguridad de la salvación, y para quien el cielo ha comenzado? Mejor aún, ¿quién no desearía haber vivido su vida y haber muerto su muerte? ¿Qué bueno es para él haber vivido no sólo para los hombres, sino para Dios! ¿Qué son todos los intereses, placeres, éxitos, y glorias de este mundo, cuando vamos a morir? ¿Qué puede hacer por

nosotros la virtud irreligiosa, o el afecto familiar inocente, cuando estamos yendo hacia el Juez a quien conocer y amar es vida eterna, y a quien no conocer ni amar es muerte eterna?

¡Oh alma feliz que no has amado ni el mundo ni las cosas del mundo aparte de Dios! ¡Alma feliz que, en medio de los afanes del mundo, has elegido la única cosa necesaria, esa parte mejor que nunca te será quitada!<sup>9</sup> ¡Alma feliz que, siendo el consejero y guía, el apoyo, la luz y la alegría, y el benefactor de tantos, sin embargo has dependido siempre con sencillez, como un niño pequeño, de la gracia de Dios y de los méritos y la fuerza de tu Redentor! ¡Alma feliz, que te has lanzado a los intereses y visiones de otros, que has llevado adelante sus fines, y te has asociado a sus trabajos, sin olvidar nunca que hay una Santa Iglesia Católica Romana, un Redil de Cristo y un Arca de salvación, ni rechazar sus preceptos o jugar con su palabra! ¡Alma feliz que, como creemos, por tus continuas limosnas, ofrendas y bondades, has borrado las reliquias de los diarios pecados y debilidades recurrentes que no alcanzaron a borrar los sacramentos! ¡Alma feliz, que por tu asidua preparación a la muerte, y la larga penitencia de la enfermedad, cansancio y dilación, has pagado, como confiamos, la deuda y estás ya pasando de la purificación penal a la luz y la libertad del cielo!

¡Adiós, pero no adiós para siempre, querido James Robert Hope Scott! Se ha ido de nosotros, pero sólo antes que nosotros. Es para que miremos hacia adelante, y no hacia atrás! Nos encontraremos con él nuevamente, si somos dignos, en “el Monte Sión y la Jerusalén celestial”, en “compañía de miríadas de ángeles, la Iglesia de los primogénitos inscritos en el cielo”, con “Dios, Juez de todos, y los espíritus de los justos ya perfectos, y Jesús, el Mediador de la nueva Alianza, y la sangre que habla mejor que la de Abel” (Heb. 12, 22-24).●—

8 “Que se haga, y sea alabada y exaltada eternamente, la santísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas”. Era una oración tomada del *Raccolta*, un devocionario católico editado bajo el pontificado de Pío IX, que fue traducido al inglés, por el padre Ambrose St. John, amigo de Newman y miembro del Oratorio de Birmingham.

9 La respuesta de Jesús a Marta señalando la actitud de su hermana María (Lc 10, 38-42).

LD, vol. XXVII

TRADUCCIÓN  
**INÉS DE CASSAGNE**

## Newman a Mozley,<sup>1</sup> su sobrino, en 1875

Diciembre 3, 1875

*Mi querido John*

*Tu carta me puso en una gran dificultad. El deseo de mi corazón es acercarte a mi opinión, y así explicar mis maneras de ver religiosas para despertar tu interés y simpatía hacia nosotros; reducir dificultades, e inspirar esperanza de que los católicos y los protestantes no estén tan lejos entre sí como se dice comúnmente: en una palabra dejarme llevar por el mismo sentimiento que te ha llevado a escribir y cooperar. Pero no siento que tú hayas ido hasta el fondo del asunto.*

*Estoy de acuerdo contigo, pero yo voy mucho más allá: sostengo que la diferencia entre los católicos y los protestantes es de carácter ético, pues pienso que entre el católico puro y el protestante puro (y al decir esto quiero decir que la mayor parte de los protestantes están teñidos, por decir así, de Catolicismo, y viceversa) dicha diferencia de carácter ético es radical e inmutable, tal como las naturalezas de un águila y un caballo, excepto lógicamente, son dos cosas, y no una cosa. La oposición, por parte de los católicos, a la ciencia física o social y al progreso político, es tan sólo una forma tosca y accidental en la cual este vital antagonismo se enciende –una forma, a cuya popular aparición mi propia razón no está respondiendo. Quiero decir. Tomando en cuenta los hechos, no con imaginaciones, prejuicios, presupuestos y consignas, yo considero que es históricamente innegable:*

*Primero –que en tiempos del Imperio Romano, cuando brotó la Cristiandad, brotó con un cierto sistema ético definido, proclamado como de suma importancia y suma necesidad, por encima de los demás sistemas, para el bien de la raza humana y de cada miembro individual de la misma, entonces y en el futuro, el cual sistema ético sigue siendo reconocible e inconfundible ahora.*

*Luego, yo tengo una clara percepción, más clara y cada vez más clara en la medida en que crece mi propia experiencia de las religiones existentes –y que indudablemente compartirán conmigo quienes examinen con cuidado el asunto–, que este sistema ético (tal como en Oxford llamamos éthos en cuanto el carácter se realiza en los individuos) es el principio viviente también hoy en día del actual catolicismo, y no lo es de ninguna de las formas de protestantismo: “viviente”, tanto en cuanto es su vida esencial, como en cuan-*

<sup>1</sup> John Rickards Mozley (1840-1931), hijo de John Mozley y Jemina Newman.

to es su vigoroso poder motivador ; en ambos aspectos, sin el cual el catolicismo pronto desaparecería, y porque es a través de él que el catolicismo se pone de manifiesto y es así reconocido. En lo externo, circunstancias o condiciones de su presencia pueden desaparecer; el papa una vez puede ser un ciudadano, otra vez ser un soberano; “*primus inter pares*” en tiempos pasados, ahora el obispo de los obispos; podría no haber devociones formales a la Santísima Virgen, puede haberlas en abundancia luego; la Sagrada Eucaristía pudo haber sido una sencilla conmemoración en el siglo primero, y es un sacrificio en el décimonono (tengo por cierto mis propias opiniones al respecto) pero digo que, aún suponiendo que hubiese habido cambios en doctrina y constitución política, el *éthos* de la Iglesia Católica sigue siendo el mismo que al principio, y cualquier cosa que se discuta, y quienquiera fuere el que le discute al catolicismo ahora, le está virtualmente discutiendo, como si viviera hace 1800 años, a la Cristiandad de los Apóstoles y Evangelistas.

2. Cuando pasamos a indagar cuál es el carácter ético que tienen en común al catolicismo actual y la Cristiandad en su momento inicial, el primer rasgo, por todos observable es su total diferencia con el carácter ético de la sociedad humana en su conjunto según la descubrimos en todos los tiempos. Este hecho, digo, es reconocido por ambas partes, por el mundo y por la Iglesia. En cuanto al primero de ambos, su reconocimiento del antagonismo es claro y universal. En lo que respecta al Catolicismo, el gran hecho de nuestro tiempo es verlo así en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España. Por el otro lado, sabemos que en la edad Apostólica, el Cristianismo era llamado el “*hostes humani generis*” (enemigo del género humano) y lo combatía por ello.

Este antagonismo ha sido completa y decididamente reconocido por parte de la Iglesia llamando a la sociedad, reprobatoriamente, “el mundo”, y colocando al “mundo” dentro de los tres enemigos, junto al demonio y la carne, en sus catecismos elementales. En los tres primeros siglos su distintivo y su honor era el martirio; en el siglo IV, su grito de guerra fue “*Athanasius contra mundum*”; en tiempos posteriores su protesta tomó el aspecto de teocracia Papal y la dictadura de Hildebrando. En los siglos recientes su oposición al mundo está simbolizada por la historia de los Jesuitas. Hablando entonces de acuerdo con ese aspecto de la historia que se presenta a la vista de los europeos, digo que la Iglesia Católica es enfáticamente y singularmente, en su relación con la filosofía y la política humanas, tal como fue la Iglesia Apostólica: la “Iglesia militante aquí en la tierra”.

3. Y lo notable en su *ethos* de ahora y siempre, es que está contra el mundo porque lo ama. En efecto ¿qué es lo más característico de lo que ahora llamamos “romanismo”, sino este combinado propósito de oposición y proselitismo para el mundo? —una combinación expresada en nuestros libros litúrgicos por los dos significados de la palabra “*conterere*”: moler pulverizando y moler a contrición. Además, ¡con qué fuerza sale a relucir este doble propósito en los escritos Apostólicos! Tenemos tres documentos primitivos, cada cual distinto en carácter de los otros dos, con diferencias externas y accidentales, pero los tres de íntimo acuerdo en la enseñanza substancial, de modo que estamos completamente seguros del genio y el espíritu de la ética cristiana desde el principio: Quiero decir: 1. Los Evangelios sinópticos, 2. Las epístolas de San Pablo, 3. El evangelio, las epístolas y el Apocalipsis de San Juan. Ahora bien: el primero de ellos dice “Vosotros seréis odiados por todos a causa de Mi nombre. El discípulo no es superior a su Maestro. No les temáis. Yo he venido, no a traer

*la paz sobre la tierra, sino una espada”. “No ruego por el mundo, dice el tercero, el mundo los ha odiado porque no son del mundo. No améis el mundo ni las cosas del mundo . El mundo yace en pecado.” Y el segundo, “Antes vosotros andabais de acuerdo con el mundo, y erais hijos de ira como todos.” Y también: “Id y predicad el evangelio a todos”, dice al principio: “Dios amó tanto al mundo que...etc.”, dice el tercero, “Todos han de ser salvados”, dice el segundo. Y tras semejantes declaraciones de nuestras primeras autoridades, sería difícil descubrir un pacifismo entre el Catolicismo y la moral enseñada hoy en día.*

*4. Esto será aún más claro cuando examinemos los detalles de nuestra ética, en cuanto se va desarrollando a partir de nuestros principios fundamentales. Mientras el blanco primero y directo de la Iglesia es la adoración del Dios Invisible, en cambio el único objeto, podríamos decir, del mundo en lo político y social, en todas partes, es aprovechar lo más posible esta vida. No creo que esta antítesis sea exagerada cuando miramos las acciones de una y de otro en gran escala y en grandes perspectivas.*

*En nuestra época especialmente, no sólo hay católicos que abiertamente se quedan atrás en lo político, social, ciencias físicas y económicas (más de lo necesario), sino también el mundo les reprocha mucho por ello. Y tal estado de cosas no es sino el resultado de la enseñanza apostólica. Se ha dicho desde el principio, “No os preocupéis por el día de mañana. Bienaventurados los pobres; evangelizad a los pobres, Has escondido estas cosas a los sabios y prudentes: No hay entre vosotros muchos sabios, no muchos poderosos, no muchos noble3s. Muchos son llamados, pocos escogidos. Toma tu cruz y sígueme. Nadie puede tener dos señores, quienes amen a su madre y a su padre más que a mí no son dignos de mí. Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”... Es una ética muy distinta de la de Bentham o Paley.*

*5. Lejos estoy de decir que no se haya comprendido desde el principio que el estricto y austero ethos del Cristianismo era lo suficientemente elástico como para recibir en sí elementos seculares, como lo ha sido de hecho, y de ese modo integrar hombres seculares, y obras e instituciones seculares, subordinados al magisterio de la religión –y lejos también estoy de pensar que la enseñanza y la acción del mundo sea puramente negativa en sus elementos básicos (sociedad, gobierno, ley y verdad intelectual, que vienen de Dios), y lejos estoy de ignorar la real bondad y excelencia de individuos protestantes, lo cual también viene de Dios y de la santidad de Dios. Lo que quiero decir es que si alguien, contemplando la larga historia de Inglaterra y de Francia, reconoce una amplia diferencia entre los dos pueblos en cuanto a su carácter ético y a su vida nacional y consecuentemente entre sus respectivos destinos, también reconocerá que no se puede hacer del ethos católico y del ethos protestante una sola cosa, tanto como querer juntar aceite y vinagre. Los católicos poseen una vida moral que les es propia tal como los primeros cristianos la tenían, y es la misma –pues nuestras doctrinas y prácticas vienen de allí. Somos y siempre seremos militantes contra el mundo y su espíritu, en cuanto mundo considerado externo o ajeno.*

*6. Y, por más que disminuyera nuestra oposición a la ciencia y etc. , no por ello el público juzgaría más aceptable nuestra enseñanza.*

*Con afecto, tu John H. Newman*

Meditations and Devotions I, sobre las letanías del Santo Rosario

## *Meditaciones marianas para la Navidad*

### MARIA ES REGINA ANGELORUM

Puede ser apropiado conectar este gran título con la Maternidad de María, es decir, con la venida del Espíritu Santo sobre ella en Nazareth, después de la anunciación del Ángel Gabriel y del nacimiento de nuestro Señor en Belén. Como Madre de nuestro Señor, ella está más cerca de El que cualquier ángel, aún de los serafines que lo rodean y claman continuamente “Santo, Santo, Santo”.

Los dos Arcángeles que tienen un oficio especial en el Evangelio son San Miguel y San Gabriel, y ambos están asociados con María en la historia de la encarnación, San Gabriel cuando descendió sobre ella el Espíritu Santo, y Miguel cuando nació el Divino Niño.

San Gabriel la saludó como “llena de gracia” y “bendita entre las mujeres”, y le anunció que descendería sobre ella el Espíritu Santo, y que tendría un Hijo que iba a ser el Hijo del Altísimo.

Del ministerio de San Miguel en el nacimiento del Hijo divino leemos en el Apocalipsis escrito por el Apóstol San Juan. Sabemos que nuestro Señor vino para establecer el Reino de los Cielos entre los



hombres, y fue muy duro nacer asaltado por los poderes del mundo que querían destruirlo. Herodes buscó quitarle la vida, pero fue derrotado cuando José huyó a Egipto con el Niño y su Madre. Pero San Juan nos dice en el Apocalipsis que Miguel y sus ángeles fueron los guardianes reales de la Madre y el Niño, en ese momento y en otras ocasiones.

San Juan tuvo una visión, “un gran signo en el cielo”, entendiendo por “cielo” la Iglesia o el Reino de Dios: “una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza”, y cuando estaba por dar a luz apareció “un gran Dragón rojo”, es decir, el espíritu maligno, listo “para devorar a su hijo” cuando naciera. El Hijo fue preservado por Su propio poder divino, pero luego el espíritu maligno la persiguió a ella. Sin embargo, San Miguel y sus ángeles llegaron para el rescate y prevalecieron contra él.

“Hubo una gran batalla”, dice el escritor sagrado. “Miguel y sus Ángeles lucharon contra el Dragón. También el Dragón y sus ángeles combatieron...Y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás” (Apo 12, 1-9). Ahora como entonces, la Bienaventurada Madre de Dios tiene huestes de ángeles que le sirven, y ella es su Reina.

### MARIA ES *SPECULUM JUSTITIAE*

Aquí tenemos que considerar primero lo que se entiende por justicia, ya que la palabra tal como la usa la Iglesia no tiene el sentido que se le da en inglés común<sup>1</sup>. No es la virtud de imparcialidad, de equidad, de honradez en nuestros actos, sino una palabra que denota todas las virtudes al mismo tiempo, un estado de alma perfecto y virtuoso, la rectitud o la perfección moral. De modo que responde muy de cerca a lo que se entiende por santidad. Por lo tanto, cuando llamamos Espejo de Justicia a nuestra Señora queremos decir que es espejo de santidad, de bondad sobrenatural.

¿Qué significa, pues, llamarla espejo? Un espejo es una superficie que refleja, como el agua inmóvil o el bronce pulido. ¿Qué reflejaba María? Reflejaba a nuestro Señor, aunque El es la santidad infinita. Ella, tanto como puede hacerlo una criatura, reflejaba Su divina santidad, y por eso es Espejo de santidad, o, como dice la Letanía, de Justicia.

¿Preguntaremos cómo es que vino a reflejar Su santidad? Fue viviendo con El. Vemos cada día cómo se parecen las personas a aquellas que aman y con quienes viven. Cuando viven con aquellos que no aman, como los miembros de una familia que se pelean, cuanto más tiempo viven juntos más diferentes se hacen el uno del otro. Pero cuando se aman mutuamente, como marido y mujer, padres e hijos, hermanos y hermanas, amigos con amigos, entonces con el correr del tiempo se parecen sorprendentemente entre sí. Todos percibimos y somos testigos con nuestros propios ojos y oídos de su parecido, en la expresión de sus facciones, en sus voces, en su forma de caminar, en su lenguaje, y aún en su escritura, en relación a su forma de pensar, a sus opiniones, gustos y ocupaciones, y sin duda en el estado de sus almas, que no vemos, sea bueno o malo.

Consideremos ahora que María amó a su divino Hijo con amor indecible, y que le tuvo todo para ella por treinta años. ¿No vemos acaso que como estaba llena de gracia antes de concebirlo en su seno

<sup>1</sup> Lo mismo puede decirse del castellano.

debió haber tenido una santidad incomprensiblemente grande cuando vivió junto a Dios por treinta años?, una santidad de orden angélico, que reflejaba los atributos de Dios con una plenitud y exactitud como no podemos recordar de ningún santo, eremita o santa virgen sobre la faz de la tierra. Verdaderamente ella es *Especulum Justitiae*, el Espejo de la divina perfección.

### MARIA ES SEDES SAPIENTIAE

María tiene este título es sus Letanías porque el Hijo de Dios, que en la Escritura es llamado también Palabra y Sabiduría de Dios, habitó una vez en ella y luego, después de nacer, fue llevado en sus brazos y sentado en su regazo durante Sus primeros años. Entonces, como si fuera el trono humano de Aquel que reina en los cielos, la llamamos *Sede de la Sabiduría*. En palabras del poeta:

*Tu seno bendito, Su trono,  
Oh Madre sin mancha,  
como ninguna cosa bajo los cielos,  
se parece  
al Niño sin pecado.*

Pero la posesión de su Hijo duró más allá de Su infancia. Estuvo bajo su gobierno, como nos cuenta San Lucas, y vivió con ella en su casa, hasta que se fue a predicar, es decir, durante treinta años por lo menos. Y esto nos lleva a una reflexión aún con la que nos sugería ayer el título de Espejo de Justicia. Porque, si una intimidad con su Hijo tan cercana y continua produjo en ella una santidad inconcebiblemente grande, ¿no debió haber sido también grande, profundo, diversificado y completo, el conocimiento que obtuvo durante esos años al conversar con El del presente, del pasado y del futuro, de modo que, aunque era un pobre mujer sin ventajas humanas, tuviese un conocimiento de la creación, del universo y de la historia, que excediera al de los más grandes filósofos, un conocimiento teológico que superase al de los más grandes teólogos, y un discernimiento profético que aventajara al más favorecido de los profetas?



¿Cuál fue el gran tema de conversación entre ella y su Hijo sino la naturaleza, los atributos, la providencia y las obras de Dios Todopoderoso? ¿No iba a glorificar nuestro Señor al Padre que le envió? ¿No iba a revelarle a ella los solemnes designios eternos, y los propósitos y la voluntad de Dios? ¿No iba a iluminarla de vez en cuando en todos aquellos puntos de doctrina que habrían de ser primero discutidos y luego definidos en la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles hasta ahora, y todo lo que será hasta el fin? ¿Y no iba a hacer esto y aún mucho más? Todo lo que es oscuro y fragmentario



## MEDITACIONES PARA NAVIDAD

en la revelación, y en la medida que es posible al conocimiento humano, le sería transmitido a ella con claridad y simplicidad por Aquel que es la Luz del mundo.

Y lo mismo sería acerca de los acontecimientos futuros. Dios habló a los profetas y tenemos lo que les comunicó en la Escritura, pero les habló en figura y en parábolas. Hubo uno, Moisés, a quien le concedió hablar cara a cara. Dice Dios, “Si hay entre vosotros un profeta, en visión me revelo a él, y hablo con él en sueños. No así con mi siervo Moisés...boca a boca hablo con él, abiertamente y no en enigmas, y contempla la imagen del Señor” (Núm 12,6-8). Este fue el gran privilegio del inspirado dador de la Ley a los judíos, pero ¡cuán por debajo del de María! Moisés tuvo el privilegio sólo aquí y allá, de vez en cuando, pero María le vió y le escuchó a El durante treinta años seguidos, cara a cara, pudiendo preguntarle cualquier cosa que quisiera saber, y sabiendo que las respuestas que recibía venían del Dios eterno que no puede engañarse ni engañarnos.

### MARIA ES JANUA COELI

María es llamada *Puerta del Cielo* porque fue a través suyo que nuestro Señor pasó del cielo a la tierra. El profeta Ezequiel, profetizando de María dijo: “Este pórtico permanecerá cerrado. No se le abrirá, y nadie pasará por él, porque por él ha pasado el Señor, el Dios de Israel. Quedará, pues, cerrado. Pero el príncipe sí podrá sentarse en él” (44,2-3).

Esto se ha cumplido no sólo en que nuestro Señor se ha hecho carne en ella y es su Hijo, sino además en que ella tuvo un lugar en la economía de la redención. Se cumple en su espíritu y voluntad tanto como en su cuerpo. Eva tuvo parte en la caída del hombre, aunque fue Adán el que nos representó y cuyo pecado nos hizo pecadores. Fue Eva que empezó y tentó a Adán, como dice la Escritura: “La mujer vio que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió” (Gen 3,6). Fue conveniente según la misericordia de Dios que, así como la mujer comenzó la *destrucción* del mundo, la mujer tam-



El icono *Portaitissa* o Puerta del Cielo.

bién comenzara su *recuperación*, de modo que así como Eva abrió el camino a la fatal acción del primer Adán, María abriera el camino para el gran logro del segundo Adán, nuestro Señor Jesucristo, que vino a salvar al mundo muriendo en la cruz por él. Por eso los Santo Padres llaman a María la segunda Eva, una Eva mejor por haber dado el primer paso en la salvación de la humanidad, así como Eva lo dio para su ruina.

¿Cómo y cuándo tomó parte María, y la parte inicial, en la restauración del mundo? Fue cuando el Ángel Gabriel vino para anunciarle la gran dignidad que iba a ser su herencia. San Pablo nos manda “presentar nuestros cuerpos a Dios como un servicio razonable”. No sólo debemos orar con nuestros labios, y ayunar, y hacer penitencia externa, y ser castos en nuestros cuerpos, sino obedientes y puros en nuestras mentes. Respecto a la Bienaventurada Virgen, fue la voluntad de Dios que ella se comprometiera *voluntariamente* y con *pleno entendimiento* a ser la Madre de nuestro Señor, y no un mero instrumento pasivo cuya maternidad no habría tenido ningún mérito ni recompensa. Cuanto más elevados son nuestros dones, tanto más pesadas nuestras obligaciones. Íntimamente ligada al Redentor de los hombres, no fue una parte liviana la que ella experimentaría después cuando sufrió con El. Por tanto, sopesando bien las palabras del Ángel antes de darle su respuesta, primero preguntó si tan gran oficio no sería una pérdida de esa virginidad que ella había prometido. Cuando el Ángel le dijo que no, con pleno consentimiento de su corazón, lleno del amor a Dios hacia ella y de su propia pequeñez, dijo: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según Su palabra” (Lc 1,38). Por este consentimiento vino a ser la *Puerta del Cielo*.

### MARIA ES MATER CREATORIS

Este es un título que, entre todos los demás, hubiéramos pensado imposible de poseer por ninguna criatura. A primera vista, podríamos estar tentados de decir que confunde nuestras ideas fundamentales sobre el Creador y la creación, lo eterno y lo temporal, lo subsistente por sí mismo y lo dependiente. Pero en una consideración ulterior veríamos que no podemos rehusar a María el título sin negar la divina Encarnación, esto es, la gran y fundamental verdad de la revelación de que Dios se hizo hombre.

Y esto fue visto así desde los primeros tiempos de la Iglesia. Los cristianos estaban acostumbrados desde el principio a llamar “Madre de Dios” a la Bienaventurada Virgen, porque veían que era imposible negarle este título sin negar las palabras de San Juan: “El Verbo (es decir, Dios Hijo) se hizo carne” (Jn 1,14).

Después de un tiempo no muy largo, se consideró necesario proclamar esta verdad por la voz de un Concilio Ecuménico de la Iglesia, pues como consecuencia del disgusto que los hombres tienen del misterio, se difundió el error de que nuestro Señor no era realmente Dios sino un hombre, diferente de nosotros sólo en que Dios habitaba en él, como habita en todos los hombres buenos, pero en mayor medida, como habita el Espíritu Santo en los Ángeles y Profetas, como en una suerte de templo, o como nuestro Señor lo hace ahora en el sagrario de la iglesia. Y entonces, los obispos y el pueblo fiel vieron que no había otro camino para impedir que fuera enseñada esta opinión falsa y mala sino declarar con precisión y como doctrina de fe que María era Madre de Dios, no sólo de un hombre. Y desde ese momento el título de María *Madre de Dios* ha venido a ser un dogma o artículo de fe en la Iglesia.

Pero esto nos lleva a una consideración más amplia del tema. ¿Es este título dado a María más maravilloso que la doctrina de que Dios se ha hecho hombre sin cesar de ser Dios? ¿Es un misterio mayor que María sea Madre de Dios al de *Dios* hecho *hombre*? Aunque ésta última es, como ya he dicho, la verdad fundamental de la revelación, atestiguada por profetas, evangelistas y apóstoles a lo largo de toda la Escritura, qué puede ser más consolador y gozoso que las maravillosas promesas que se siguen de la verdad que afirma que María es Madre de Dios, esto es, el prodigio de que vengamos a ser hermanos de nuestro Dios, que si vivimos bien y morimos en gracia de Dios todos seremos elevados para siempre por nuestro Dios encarnado al lugar donde habitan los ángeles, que nuestros cuerpos serán levantados del polvo y llevados al Cielo, que seremos unidos realmente a Dios y partícipes de la naturaleza divina, que cada uno de nosotros será introducido en cuerpo y alma en el abismo de gloria que rodea al Todopoderoso, que le veremos y compartiremos Su bienaventuranza, de acuerdo al texto, “Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,50).

### MARIA ES MATER CHRISTI

Cada título de María tiene su propio significado especial y puede ser tema de una meditación. La invocamos como *Madre de Cristo*. ¿Qué fuerza tiene dirigirse a ella de este modo? Nos recuerda que fue profetizada desde el principio y asociada a las esperanzas y oraciones de todos los hombres santos, de todos los verdaderos adoradores de Dios, de todos los que “esperaban la redención de Israel” en cada época anterior a su llegada (Lc 2,25).

Nuestro Señor fue llamado Cristo o Mesías por los profetas y el pueblo judío. Los dos términos, Cristo y Mesías, significan lo mismo, el “Ungido”. En los tiempos antiguos había tres grandes oficios o ministerios por los cuales Dios hablaba a Su pueblo elegido, los israelitas, o judíos, como fueron llamados fueron más tarde, el oficio de Sacerdote, el de Rey, y el de Profeta. Aquellos que eran elegidos por Dios para alguno de estos oficios eran ungidos solemnemente con óleo, que significaba la gracia de Dios concedida para que cumplieran debidamente sus importantes obligaciones. Pero nuestro Señor fue las tres cosas, Sacerdote, Profeta y Rey. Sacerdote porque Se ofreció a Sí mismo como sacrificio por nuestros pecados, Profeta porque nos reveló la Santa Ley de Dios, y Rey porque nos gobierna a todos. Por eso es el Cristo, único y verdadero.

El pueblo elegido, los judíos, o israelitas, o hebreos (pues son distintos nombres para el mismo pueblo), esperaron a este gran Mesías de edad en edad. Tenía que venir a poner en orden todas las cosas. Pero después de esta gran cuestión que ocupaba sus pensamientos, es decir, *cuándo* vendría, estaba la cuestión de *quién* sería Su Madre. Se les había dicho desde el principio que no vendría desde el cielo sino que nacería de una mujer. En el momento de la caída de Adán, Dios había dicho que el *linaje* de la *mujer* pisaría la cabeza de la serpiente (Gen 3,15). ¿Quién iba a ser esa mujer, señalada tan significativamente a la raza caída de Adán? Muchos siglos después, fue revelado a los judíos que el gran Mesías, o Cristo, el linaje de la mujer, nacería de la raza de ellos y de una tribu en particular entre las doce que la componían. Desde entonces toda mujer de esa tribu esperaba tener el gran privilegio de ser la Madre del Mesías, del Cristo, pues era razonable pensar que si El iba a ser tan grande, la Madre sería también grande, buena y bendita. Por eso, entre otras razones, tuvieron tan alta estima del matrimonio, ya que no sabiendo nada de la concepción milagrosa del Cristo cuando

viniera realmente, pensaron que el rito matrimonial era el camino necesario para Su llegada.

Si María hubiera sido como las otras mujeres, habría anhelado el matrimonio que le ofrecía la perspectiva de dar a luz al gran Rey, pero era demasiado humilde y pura para tener tales pensamientos. Había recibido la inspiración de elegir un camino mejor para servir a Dios, que no había sido dado a conocer a los judíos: el estado de la virginidad. Prefirió ser Su Esposa a ser Su Madre. Por eso, cuando el Ángel Gabriel le anunció su alto destino, no se atrevió a aceptarlo hasta estar segura de que no la obligaba a revocar su propósito de una vida virgen ofrecida a su Dios.

Así fue que llegó a ser la Madre de Cristo, no del modo como las mujeres piadosas de todas las épocas habían esperado, sino declinando la gracia de tal maternidad, que obtuvo por medio de una gracia más elevada. Y este es el significado pleno de las palabras de Santa Isabel, cuando la Bienaventurada Virgen llegó a visitarla, y que usamos en el Ave María: “Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de vientre”. Y por eso es que en la devoción llamada *Corona de las doce estrellas*, alabamos al Espíritu Santo por quien ella fue *a la vez* Virgen y Madre.

### MARIA ES MATER SALVATORIS

Aquí nuevamente, como en nuestras reflexiones de ayer, debemos entender lo que significa llamar Salvador a nuestro Señor, para comprender por qué conforma uno de los títulos dados a María en sus Letanías.

El nombre especial por el que nuestro Señor era conocido antes de Su venida era, como vimos ayer, el de Mesías, o Cristo. Así fue conocido por los judíos. Pero cuando se manifestó realmente en la tierra, fue conocido por tres títulos nuevos, Hijo de Dios, Hijo del Hombre y Salvador. El primero expresa Su divina naturaleza, el segundo Su humanidad y el tercero Su oficio personal. Por eso el Ángel que se apareció a María le llamó Hijo de Dios, el Ángel que se apareció a José le llamó *Jesús*, que significa *Salvador*, y también le llamaron Salvador los ángeles que se aparecieron a los pastores. Pero El se llamó a Sí mismo especialmente Hijo del Hombre.

No sólo los Ángeles le llamaron Salvador sino los dos Apóstoles más grandes, San Pedro y San Pablo, en sus primeras predicaciones. San Pedro dice que es “Jefe y Salvador” y San Pablo “un Salvador, Jesús”. Y tanto los Ángeles como los Apóstoles nos dicen que es llamado así por-



Icono de Theófanos de Creta. 1546. Monasterio Stavronikita. Monte Athos. Grecia

## MEDITACIONES PARA NAVIDAD

que nos ha rescatado del poder del espíritu maligno y de la culpa y la miseria de nuestros pecados. Por eso el Ángel dice a José, “le pondrás por nombre Jesús, *porque* El salvará a su pueblo de sus *pecados*” (Mt 1,21). Y San Pedro dice “Dios lo ha exaltado como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados” (Hechos 5,31). Y El mismo dice “El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar *lo que estaba perdido*” (Lc 19,10).

Consideremos ahora cómo incide esto en nuestros pensamientos sobre María. Rescatar esclavos del poder del Enemigo implica un conflicto. Nuestro Señor fue un guerrero, porque era un Salvador. No podía liberar cautivos sin luchar o sin sufrir personalmente. Ahora bien, ¿quiénes son los que odian especialmente las guerras? Un poeta pagano responde. “Las guerras –dice– son odiadas por las *madres*”. Las madres son quienes sufren especialmente en una guerra. Pueden gloriarse por la honra dada a sus hijos, pero esa glorificación no suprime ni una mínima parte del largo sufrimiento, la ansiedad, el suspenso, la desolación y la angustia, que siente la madre de un soldado. Así fue con María. Durante treinta fue bendecida con la continua presencia de su Hijo, más aún, le tenía sujeto. Pero llegó el tiempo en que fue llamado a la guerra para la cual había venido a la tierra. Ciertamente, no vino simplemente para ser el Hijo de María, sino el Salvador de los hombres, y finalmente se despidió de ella. *Entonces* ella supo lo que significaba ser madre de un soldado. Se fue de su lado, no lo vio más, y trató en vano de acercarse a El, que había vivido por años en sus brazos, y después al menos en su casa, pero ahora, según Sus propias palabras, “el Hijo del Hombre no tenía dónde reclinar Su cabeza”. Y luego, cuando pasaron los años, escuchó de Su arresto, de la burla de Su juicio, y de Su pasión. Finalmente consiguió estar cerca de El. ¿Cuándo y dónde? En el camino del Calvario y cuando pendía de la cruz. Y por fin lo tuvo de nuevo en sus brazos, sí, cuando ya estaba muerto. Es verdad que luego resucitó de entre los muertos, pero no por eso consiguió estar con El, pues ascendió a lo alto, y ella no le siguió enseguida. No, permaneció en la tierra muchos años, cuidando ciertamente a Su Apóstol más querido, San Juan, pero ¿qué era el más santo de los hombres comparado con su propio Hijo, e Hijo de Dios? Santa María, Madre de nuestro Salvador, en esta meditación hemos pasado de los Misterios Gozosos a los Dolorosos, de la Anunciación de Gabriel a los Siete Dolores. Esa será la serie de meditaciones que haremos sobre ti.●—

Fresco de la *Natividad del Señor* de Giotto, comienzo del siglo XIV.



*“La mejor preparación para amar el mundo en general, y amarlo debida y sabiamente, es cultivar una íntima amistad y afecto hacia aquellos que están inmediatamente a nuestro alrededor...Honrar a nuestros padres es el primer paso para honrar a Dios, amar a nuestros hermanos según la carne el primer paso para considerar a todos los hombres nuestros hermanos... Es un tema muy práctico cuando consideramos qué gran porción de nuestras obligaciones residen en el hogar. ”*

(PPS II, V, 1831)

